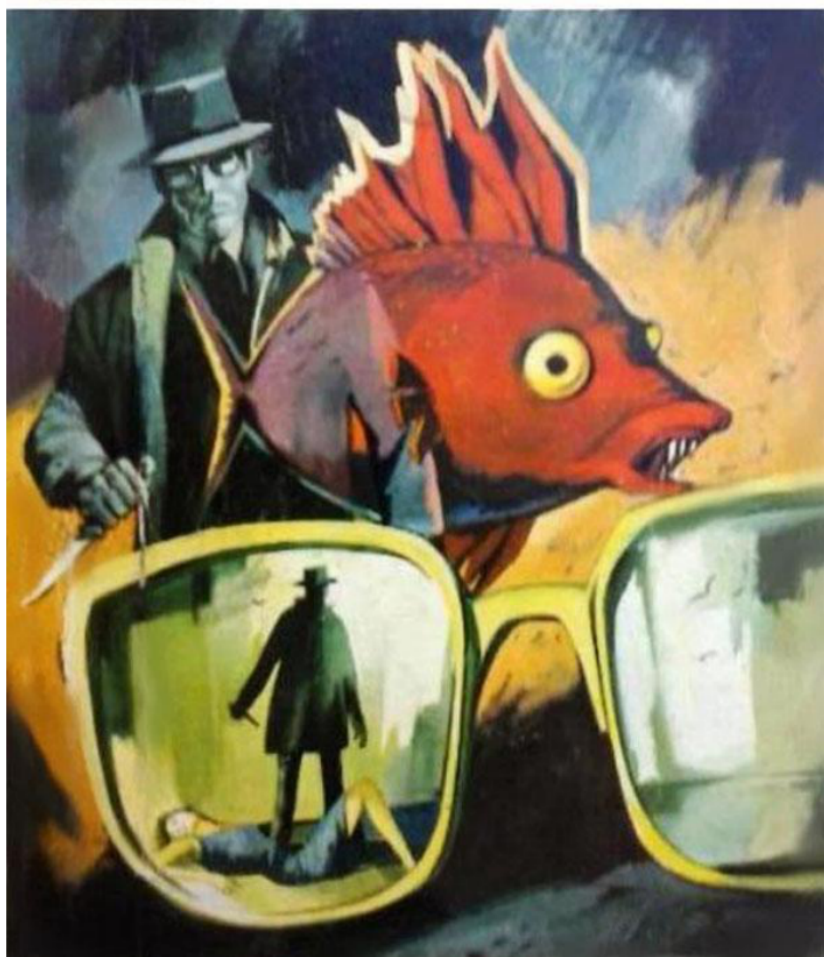


BOLSILLOS BRUJERA
PUNTO
ROJO

el pez de los ojos de oro

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

**EL PEZ DE
LOS OJOS DE ORO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 542
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 31.501 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: setiembre, 1972

© CURTIS GARLAND, 1972
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.152. — Laberinto de asfalto.

En Colección PUNTO ROJO:

535. — La noche en que fui muerto.

PRÓLOGO

La exuberante rubia se llamaba Noemi.

Estaba aburrida aquel atardecer lluvioso, de finales del verano. Muy aburrida.

Quizá por ello, telefoneó a algunos de sus amigos del sexo opuesto. Dos no contestaron; el tercero lo hizo de mala gana, y Noemi captó las protestas de una voz de mujer, un beso sonoro... y el «clic» seco del teléfono al ser colgado en el otro extremo de la línea.

Eso la desilusionó definitivamente. Era sábado, y sus amistades tendrían ya sus propios planes para aquel *week-and*. Cualquier cosa menos quedarse a solas, como a ella le había sucedido.

—Maldito imbécil... —refunfuñó, soltando el lazo de su bata y caminando hacia el dormitorio, para poner alguna prenda encima de su sinuoso cuerpo. Cuando se despojase de la liviana bata translúcida, no quedaría ya gran cosa sobre él.

Y estaba dispuesta a salir. Adonde fuese, pero a salir de su pequeño, aséptico y monótono *bungalow*, donde los blancos, lo puramente lineal, funcional hasta el aburrimiento, presidía en muebles, decoración y detalles arquitectónicos. Era lo que podía esperarse de una zona costera como aquélla, donde el buen tiempo y el sol meridional exigían la construcción de numerosas edificaciones así. En serie; prácticas, luminosas, sin demasiadas exigencias para sus ocupantes de una breve temporada tostándose a la luz de las playas.

Setiembre, sin embargo, había resultado un mal mes. Fresco, desapacible, nuboso. Incluso lluvioso, como este sábado... Bostezó Noemi. La bata cayó a sus pies, como formando pliegues de escultor perfecto, en la base o pedestal de una estatua de carne viva, bronceada por el sol mediterráneo, de formas dignas de Rubens en un lienzo, o de Miguel Ángel en el mármol.

Unas prendas íntimas comenzaron a ajustarse, precariamente por cierto, sobre las curvas de una anatomía insultante. Se contempló, placentera, en el espejo de cuerpo entero. No lo entendía. Una mujer como ella no podía estar sola un sábado por la tarde, lluvioso y triste en la costa. Cualquier hombre daría media vida por acompañarla. Todo era cuestión de circunstancias, de coincidencia.

La habían dejado plantada. Bien. Allá con el que cometió ese error. No volvería a caer en tal estupidez. Ella no era mujer fácil de manejar. Sobre todo cuando se sentía despechada y ansiaba devolver golpe por golpe.

Iría al Club Náutico. O a la población. O a cualquier *discothèque* de la zona. Había tantas, y con tantos extranjeros ávidos de una compañía como la de ella...

Extranjeros...

Se estremeció. Noemi contempló el periódico matinal, descuidadamente doblado, abandonado sobre una mesita de centro, junto a la pecera donde se movían, indiferentes a todo, los peces de colores, en el azul de su agua límpida.

«El psicópata de la Costa ha sido visto tras los asesinatos de la turista belga y la nudista sueca. Las descripciones son confusas, pero coinciden en algunos detalles: Usa un impermeable oscuro, de materia plástica. Y sombrero de lluvia, y gafas de sol con montura dorada. Parece llevar las manos enguantadas. ¿Habrá otra víctima entre las veraneantes y turistas, a manos del llamado extranjero loco?».

El extranjero loco... El sádico... El psicópata de la Costa... El vampiro del Mediterráneo...

Tantos y tantos nombres para un desconocido criminal.

Un criminal de impermeable oscuro, de gafas de sol, de manos enguantadas... Posiblemente extranjero, según todos los testigos.

Noemi se encogió de hombros. Sus labios carnosos hicieron un desdeñoso mohín, mientras una blusa iba a empezarse a abotonar sobre sus prominentes, rotundos senos que el *solarium* privado bronceaba durante los carrosos, ardientes, luminosos días del verano meridional.

—¡Asesinos y víctimas! —musitó, despectiva—. Son cosas que se leen siempre... Que nunca ocurren ante nuestros ojos..., que nunca

le suceden a una... afortunadamente. Cosas de la Prensa...

Y rió entre dientes, exhibiendo la punta de su lengua rosada, mientras tomaba unos pantalones, antes de abotonar su blusa encima del busto exuberante. Le costó que el tejido de la prenda rebasara sus muslos, sus caderas firmes, sinuosas. Pero lo logró.

Caminó, descalza, por el gabinete. Tomó comida para peces, de una estantería. Empezó a echar en la pecera, musitando palabras afectuosas a sus únicos compañeros de soledad, los peces de redondos ojos, que correteaban, traviosos, en el agua de la pecera, ávidos hacia la comida...

Encima de la mesa, no lejos del recipiente de vidrio con las criaturas de mar, aquel periódico, el dibujo imaginado por un periodista, con la figura de largo impermeable plástico, blando sombrero de lluvia, guantes, gafas negras de montura metálica...

Allá afuera, en el jardín colectivo de la hilera de lineales, fríos *bungalows*, todos ellos desiertos ya, ante la inclemencia del tiempo, salvo el de Noemi, en cuyo porche ya brillaba la luz de una farola de hierro forjado..., los arbustos se movieron.

Tras un seto, unas manos apartaron ramajes y hojas. Manos enguantadas.

Crujió el plástico oscuro de un impermeable liviano. Goteó agua de las alas blandas de un sombrero para la lluvia. Y la luz gris, azul casi, de la tarde nubosa, se reflejó extrañamente lívida en dos espejos herméticos, los de unas gafas de montura dorada...

Los ojos, a través de los vidrios espejeantes, penetraban en la edificación, a través de las grandes vidrieras... Había luz adentro ya, a causa de la oscura tarde. Luz que dibujaba una silueta de mujer, unas formas en movimiento, sinuosas y llenas de voluptuosidad.

No se hubieran podido ver esos ojos ni su expresión, aun habiendo algún testigo de la escena. Pero no lo había. Ningún testigo. La llovizna y el fin del verano convertían la zona costera en algo desolado y triste, ahora que mediaba setiembre.

La forma oscura avanzó. Se movió por las penumbras azul-grises del jardín, hacia el *bungalow* iluminado... Llegó a la amplia puerta-balcón del gabinete. Miró. La rubia mujer se había empezado a peinar, allá en el abierto cuarto de aseo, ante el espejo. Desabotonada aún su blusa, palpitante su torso bronceo...

Los peces, en la pecera, se agitaron inquietos. Corrieron con más rapidez. La sombra del intruso se proyectó sobre ellos al ser empujada en silencio la puerta vidriera. Unos chanclos de goma dejaron huellas mojabas en la moqueta azul eléctrico... Esos pies avanzaron, se movieron hacia el aseo...

Ella seguía peinándose. Ajena a todo, canturreando la tonadilla de moda. Dispuesta a salir del *bungalow* para divertirse por ahí, sólo un minuto más tarde.

De repente, un brazo del intruso tropezó en algo: una figurilla de escayola, que se fue abajo, desde un estante. Se rompió en la moqueta azul, con seco chasquido. Ella dejó de peinarse, miró sorprendida a través del espejo, el peine en su mano.

—Eh, ¿eres tú? —llamó—. ¿Al fin te has dignado venir? Pues te advierto que ya iba a...

Su voz se detuvo. Su imagen se reflejó en dos espejos móviles. Dos gafas, dos vidrios montados en metal dorado. Cristal de espejo, reflejando nítidamente su figura, ocultando los ojos del intruso.

Gritó roncamente, soltando el peine, que cayó sobre el lavabo, y derribó un frasco de loción, quebrando éste en la pila. Echóse atrás, asustada. Contempló la alta figura erguida ante ella, impasible.

—¿Qué..., qué significa...? —jadeó—. ¿Quién es usted? ¡Fuera, fuera de aquí... o llamo a la policía!

Y la mirada... La invisible mirada del hombre, fija en ella, en su blusa sin abotonar, en sus formas visibles... Las manos enguantadas, engarfiadas...

Rápidamente, una visión fulgurante en la mente de ella: el diario, el dibujo, la noticia del crimen...

Fue aún más atrás, golpeó la bañera, la cortina de plástico del baño... jadeó, ante el silencio de él:

—No, no... No puede ser... ¡Nooooo...!

Fue un grito agudo, que se hizo alarido. Luego, estertor...

La mano enguantada esgrimía algo: la botella de loción rota, por su gollete...

Cayó la mano.

Rojas salpicaduras cayeron en el blanco de la bañera. Rojo de sangre violenta, disparada por cortes profundos y súbitos...

Y la mano cayó. Y cayó. Y cayó...

Gritos, estertores, jadeos... La blusa era roja ya. El corpiño,

también. El cuerpo se fue al fondo de la bañera, dando una voltereta. Quedó de bruces, con el trasero erguido, con la espalda desnuda, arrugada la blusa suelta, por encima de su nuca... Y la sangre. La roja sangre corriendo, salpicando todo...

Las manos enguantadas también tenían sangre. El trozo de botella, rojo denso, cayó al lavabo después. Más rojo...

Los chanclos se movieron, se deslizaron hacia el gabinete. Los peces se agitaron en la pecera, casi rabiosamente, asustados sus redondos ojos de reflejos dorados... Un manotazo. La pecera saltó, se hizo pedazos, corrió el agua, los peces se agitaron en su agonía, sobre agua, vidrios rotos, un periódico mojado, con la silueta oscura de un dibujo del asesino de la costa mediterránea...

Los arbustos del jardín se agitaron, al paso del hombre que huía, que se alejaba del escenario del terrible crimen.

Allá, en la bañera, un cuerpo de mujer permanecía inmóvil. La sangre corría por sus brazos, sus manos, sus senos, rebosando el corpiño desgarrado...

Encima de la mesa, la pecera rota dejaba ver las agónicas figurillas doradas o rojas de los peces, dando coletazos sobre el periódico mojado, sobre el asesino impreso en la primera página de un diario...

CAPÍTULO PRIMERO

Los peces.

Peces dorados, rojos, azulados, irisados. Peces de todos tamaños y colores. Peces en el azul luminoso, radiante. En los acuariums gigantescos, separados del público por grandes vidrieras iluminadas.

El acuarium o gran acuario. El mejor espectáculo para niños y para adultos. Peces tropicales, exóticos. Ejemplares extraños, poco conocidos. Toda clase de miembros de la amplia fauna submarina...

Rocco suspiró. Estaba cansado. Rocco Vetri siempre estaba cansado al caer la tarde. Sobre todo, los domingos...

—Vaya un domingo —masculló entre dientes, sacudiendo su canosa cabeza—. Tantos visitantes, tantos niños, tantas preguntas, tanto ruido...

Por fortuna todo había terminado. Cerró las puertas del Acuario. Eran las siete y veinte minutos. A las siete se cerraba, lo decía allí el dorado rótulo:

«Acuario. Horas de visita: de 10 a 2, cada día. Festivos, de 11 a 2 y de 3 a 7.»

Su jornada había terminado. Ahora, alimentar a los peces, cuidar los detalles, y retirarse a descansar. Como cada día. Especialmente, los domingos. Los largos, molestos, ruidosos, fatigantes domingos y festivos.

Se encaminó al almacén de alimentos para peces, saurios, reptiles y anfibios. Lo de cada día. Ellos, las criaturas del agua, también tenían derecho a la vida. Las miró. Con afecto. Con simpatía, incluso. Ellos eran sus amigos. Sus mejores amigos. Sus compañeros de siempre. Ellos le entendían. Parecían comprenderle muy bien, con sus grandes, redondos ojos muy abiertos, fijos en él a través de la gruesa muralla de vidrio.

—Sí, sí —dijo—. Ya os daré vuestra cena. En seguida, amigos...

Pesadamente, su figura, aún musculosa y fuerte, pese a los años y el trabajo, se movió hacia el almacén donde guardaba los alimentos para todos ellos, las herramientas para limpiar los diversos depósitos, fuertemente iluminados, para que así realzara mejor la belleza natural de las criaturas de las profundidades, coleccionadas en el Acuario del Centro Náutico de la Costa...

—¡Marina! —llamó—. ¡Marina! ¿Dónde te has metido ahora, hija?

No tuvo respuesta. Y no insistió tampoco. Marina... La joven, la alocada y siempre feliz muchacha que era Marina. No se podía pedir sensatez ni seriedad a los jóvenes. Entonces, posiblemente, dejarían de ser jóvenes. No, era mejor así. Que fuesen como ellos eran. Después de todo, resultaba justo. También él fue como ellos alguna vez. Eso estaba lejos, pero no lo olvidaba fácilmente. El era hombre de mucha memoria. Mucha...

A veces, no valía la pena tener demasiada memoria. No, no siempre era conveniente, pero él no podía evitarlo. Era así. Y así moriría.

Frunció el ceño. Morir... No, no era una idea agradable ésa. Era preferible olvidarla. No quería morir. Aquella vida le gustaba. Aunque estuviese siempre pegado a sus peces, y no viera otra cosa que agua de mar, peces, anfibios... Después de todo, eran su ambiente, su existencia. Ellos eran sus amigos. Sus fieles amigos del otro lado del vidrio.

—¿Dónde diablos se ludirá metido Marina? —mascullo, al encontrar, junio a la puerta del almacén, el impermeable ligero, color amarillo limón, y el bolso de igual color, dejados allí descuidadamente.

Sus ojos recorrieron el largo corredor del acuario, ahora crudamente iluminado. Hasta llegar a la puerta del fondo, metálica y entornada. Sonrió, sacudiendo la cabeza. Vio luz, fuerte luz, filtrándose por la rendija de la puerta.

—Debí imaginarlo... —murmuró—. La piscina... Y con este día... Esa hija mía...

Se dirigió, con otro movimiento de cabeza, al almacén. Abrió, entrando en él...

La puerta metálica, entreabierta, quedó atrás. No le prestó más atención. Ni a la puerta, harto familiar, ni a su rótulo adherido:

«Dependencias privadas. No entrar.»

La puerta...

Y detrás de ella, la piscina privada, para el personal del Acuario.

La piscina.

En ella, Marina, su hija...

Marina chapoteó, feliz, en el azul límpido y bien iluminado de la piscina. Sobre ella, las radiantes luces de la instalación, daban una claridad límpida, lechosa, a toda la zona de baldosines de colores, mesas y sillas de hierro esmaltado, parasoles de vivo colorido, que ahora protegían más de la llovizna, tenue pero molesta, que del inexistente sol de aquella tarde ya azulada, en penumbras, de un setiembre lluvioso, tristón, aunque todavía caluroso, con el bochorno de los días húmedos.

Marina buceaba como un auténtico pez. Su cuerpo era apenas importunado por aquel minúsculo y breve bikini cuyas dos piezas eran sólo un elemento decorativo más en aquel juvenil cuerpo escultural, magnífico, esbelto y bien torneado, que ahora se deslizaba, sutil y armónico, en el azul luminoso de la pileta.

El agua formaba salpicaduras en su cabello cobrizo, que destellaba casi rojo bajo las luces de la instalación. Ella sola en aquel lugar. Sola con su deporte favorito: agua de mar, el cuerpo ágil, sin apenas ropa encima, moviéndose como el de una náyade en el líquido elemento...

Ella sola, sumergida en el placer de aquel deporte.

¿Sola?

Quizá no tanto como ella imaginaba. Ni mucho menos...

Quizá alguien espiaba. Algunos ojos vigilaban, en la oscuridad, más allá de la zona de radiante luz que envolvía la piscina...

Ojos protegidos por gafas oscuras, de vidrios de espejo, montados en metal dorado. Ojos invisibles, en un rostro medio tapado por el ala blanda de un oscuro sombrero de lluvia... Cuello subido, de brillante plástico. Brillante por su tejido sintético, brillante por el agua de la llovizna...

Y manos enguantadas, engarfiándose sobre los setos que rodeaban la piscina. Manos que parecían ansiar algo. Cerrarse sobre algo... o alguien...

Marina emergió del agua. Chorreando su cuerpo casi desnudo, su brevísimo bikini... Caminó hacia una toalla de franjas de vivo

color, plegada junto a la piscina. Iba a envolver sus formas juveniles en el suave, esponjoso tejido.

Los ojos, tras los vidrios espejeantes, se clavaban en ella. Los pies se deslizaron, silenciosos, sobre el terreno blando. Las manos apartaron ramajes. El desconocido de oscuras ropas se movió, caminó hacia ella, hacia Marina Vetri...

La muchacha no podía imaginar la presencia del extraño inquietante. Envuelta en la toalla, solamente hasta sus nalgas, se frotaba, para entrar en calor. Canturreó entre dientes, con alegre tono. Caminó hacia las duchas, situadas al fondo...

Y el ignorado oteador, el vigilante y silencioso personaje, se movía, se movía... Cada vez más cerca. Cada vez más próximo a ella...

—¡Marina!

Se detuvo en seco. Se crisparon las manos enguantadas sobre unos arbustos y una valla de baldosines, donde se podía leer algo, en un rótulo:

«Zona privada. Prohibido el paso. Personal del
Acuario y Centro Náutico»

Marina se volvió. Su padre estaba allí, en la puerta de comunicación con las instalaciones de exhibición de peces. Con las bolsas ya vacías de la comida piscícola... Y con un gesto hosco en su rostro.

—¿Sí, papá? —indagó ella, risueña, sacudiendo los rojizos cabellos, que chorreaban agua.

—Te tengo dicho que no cometas imprudencias.

—¿Imprudencias?

—Sabes a lo que me refiero. Bañarte sola, de noche, a la intemperie...

—Oh, papá...

—No me repliques. Sabes que es un riesgo. Un grave riesgo.

—Papá, tanto como un riesgo... —rechazó ella vivamente, con un mohín de protesta.

—Un serio riesgo, Marina. Un asesino anda suelto por ahí. Un peligroso asesino. Un auténtico monstruo, un maníaco... ¿Imaginas si ahora mismo estuviese por ahí, cerca de nosotros, espiándote, aguardando la ocasión de caer sobre una muchacha hermosa,

indefensa, como todas las anteriormente asesinadas por él en la costa?

Rápido, sigiloso retroceso del hombre de oscuro, en la penumbra. Crujido de ramajes. Y rápida mirada, una vuelta brusca de la cabeza de Rocco Vetri, hacia donde sonara ese leve rumor, con sobresalto pintado en su rostro. Dejó caer los recipientes, tomó algo de entre sus ropas: un revólver, con el que apuntó a la oscuridad que atravesaba la llovizna.

—¿Eh? —jadeó—. ¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

Silencio. Largo silencio. Unos chanclos de goma, alejándose en el barro blando, salpicado de charcos, no producían ruido alguno... El impermeable oscuro rozaba el verdor, sin apenas ruido. El agua corría sobre los espejos de las gafas, dificultando la visión del asesino en fuga.

—Papá, por Dios. No te pongas dramático. ¿Quién quieres que haya? Es la lluvia, el aire, los arbustos...

El silencio continuaba. Ella rió entre dientes, dirigiéndose a los acuarios. Junto a ella, caminó su padre, todavía ceñudo, sacudiendo su cabeza, fija la vista en la oscura tarde que ya era noche.

—Aun así, no me gusta —dijo—. Cuando oscurezca, no te quedes nunca sola, Marina. Ese monstruo anda por ahí, suelto..., quizá en busca de alguna otra chica hermosa a quien asesinar... Y tú lo eres. Eres joven, hermosa...

Se cerró la puerta metálica, con fuerte sonido.

Allá, en la carretera de la costa, entre los arbustos, una figura oscura se movió hacia un automóvil que aguardaba, medio oculto entre árboles y matorrales, fuera de la ancha cinta de asfalto...

Por entre los iluminados acuarios, entre la eterna curiosidad de los peces de diverso color y aspecto exótico, padre e hija se movían hacia su alojamiento, dentro del recinto del Centro Náutico de la Costa.

—¿Vas a ir al estudio del señor Kendall, esta noche? —indagó Rocco Vetri, ceñudo.

—Naturalmente, papá. ¿Qué quieres que haga? No voy a quedarme encerrada aquí, sólo porque haya habido unos crímenes en la región. Es ridículo preocuparse por ello. Siempre hay noticias así en los periódicos, y por ello no va a inmovilizarse la vida de un lugar...

—Aun así, no me gusta que salgas sola. Ten cuidado, hija. Mucho cuidado...

—Descuida —rió de buena gana Marina, ya en la puerta de su ducha particular—. Volveré pronto, para tranquilizarte. Además, recuerda que la vivienda del señor Kendall, no queda lejos de aquí...

Entró en la ducha. Rocco Vetri se quedó pensativo, poco convencido tras las palabras de su hija. Y, nada convencido, hizo un gesto de inquietud, y se encaminó a sus propias tareas, las últimas de la jornada, por fortuna para él.

—El estudio... —refunfuñó entre dientes—. No sé porqué tiene que ir a aprender escultura y arte y todo eso... en especial a estas horas del día, a casa de ese extranjero...

Pero sabía lo que era Marina. Ella siempre hacía lo que se proponía. Independiente, firme, voluntariosa y llena de decisión. Además, joven. Muy joven. No, no se podía ir contra ella. No era nada fácil oponerse a sus deseos.

Dijera él lo que dijese, Marina iría al estudio de Zachary Kendall, el inglés que vivía en Punta Blanca, dedicado a sus esculturas abstractas, modernistas...

Zachary Kendall no pudo hacer nada por evitarlo.

Lo intentó todo, pero fue imposible.

El coche derrapó en la curva. Se fue contra la valla. La desgarró, reventándola. Se fue luego dando tumbos hacia el abismo, entre peñascos y matorrales, con el mar espumeando al fondo, en la sima a la que parecían condenados.

Hubo una llamarada en el automóvil, cuando se estrelló en unas rocas, dio otro tumbo y terminó quedándose milagrosamente empotrado entre unos peñascos y un saliente, sin llegar a precipitarse hacia el mar.

Las llamas envolvieron rápidamente el coche abollado y desgajado. El humo se elevó del lugar donde yacía el vehículo volcado...

Arriba, un largo chirrido marcó el frenazo de otro automóvil. Un coche deportivo se quedó parado junto al boquete de la valla, en la curva. Un claxon llamó, desesperadamente, a otros automovilistas. Los faros barrían el vacío negro, hacia el mar tenebroso, en la noche lluviosa de aquel domingo.

—Dios mío... —musitó, empapada de agua de lluvia, Marina Vetri, al salir de su coche y asomar a la valla, tratando de ver al fondo, donde ardía el coche—. Juraría..., juraría que era el coche de los Kendall...

Ya se detenían más vehículos, testigos del suceso unos, atraídos por las llamadas de Marina otros. Las luces de los faros de los diversos coches, formaban un entramado deslumbrante en la carretera.

—Están abajo —dijo otro automovilista—. Y el coche en llamas... ¡Hay que intentar algo, antes de que estalle el combustible!

Otros dos hombres jóvenes, saltando de un «Land Rover», asintieron. Los tres se lanzaron ladera abajo. Tras ellos, decidida, antes de que otros automovilistas pudieran evitarlo, Marina se precipitó también, en auxilio de los accidentados.

El descenso abrupto, entre los peñascos y matorrales, con el mar al fondo, chocando en el litoral ásperamente, tenía su peligro. Pero nadie pensaba ahora en eso, acuciado por el afán de salvar unas vidas. Marina tampoco lo pensaba. Era una muchacha ágil, de músculos elásticos, deportista. Y estaba segura de algo: el coche accidentado era el de su maestro, Zachary Kendail. O al menos, se le parecía mucho...

No había error.

Las llamas que hacían presa en el automóvil volcado y abollado, revelaron su color verde, su modelo, su marca británica, su matrícula inglesa. Era el «Austin» de Kendall. Forcejeaba alguien con la aplastada portezuela, intentando liberarse. Descubrió una larga melena dorada, rojas salpicaduras de sangre, unas manos igualmente enrojecidas, despellejadas, abrasadas... Las que forcejeaban con aquella atascada portezuela que podía ser una trampa mortal.

—¡Oh, no! —susurró Marina, dilatados sus ojos.

—Cuidado, señorita —avisó uno de los automovilistas—. No toque el metal del coche en la portezuela. Debe estar ardiendo y se quemaría las manos...

Cargaron contra el vidrio, pulverizándolo con unas rocas. Del interior, a través del boquete abierto, extrajeron dificultosamente un cuerpo. Se percibía el ronco jadeo del hombre a quien sacaban

del cepo de muerte.

Intentó ayudarles. La apartaron. Uno de ellos dijo:

—Es inútil hacer nada con la mujer. Está muerta...

—Y el coche va a estallar de no momento a otro —avisó alguien.

Se alejaron. La apartaron a ella. La voz débil, entrecortada de Zachary Kendall, fue audible, en un ronco murmullo desesperado:

—No, no... Ella... Virginia.

—No se puede hacer nada, señor —jadeó uno de los automovilistas—. Tiene empotrada la cabeza en el parabrisas. No tiene ni un soplo de vida, créame.

—¡Virginia! —aulló él.

Pero se lo llevaron entre tres escalando dificultosamente la ladera, hacia la ladera, hacia la carretera donde centelleaban los faros de automóvil. Martha fue también empujada, apartada del lugar del accidente a viva fuerza. Se inclinó. La otra portezuela había cedido durante la caída del coche. La luz de las llamas reveló un portafolios caído, abierto. De él se habían dispersado fotografías de esculturas, folletos de exposiciones internacionales de arte, lápices, hojas de papel con bocetos.

Recogió todo. Y con ello una telegrafía en color, no muy grande, la mitad de una postal. Una instantánea con algunas personas cantadas junto al coche de Kendall.

Se llevó todo consigo, dejándose arrastrar a lo alto. Luego, oyó el estallido atrás. Giro la cabeza, horrorizada. Virginia Kendall ya no era visible. Todo el coche era una bola de fuego, tras la explosión, y pavesas ardientes volaban en todas direcciones hacia el oscuro mar.

De los labios del accidentado Kendall brotó un suspiro, un estremecido estertor casi:

—Virginia... Oh, no, querida...

Llegaban ya a la carretera. Las luces de los faros de numerosos coches detenidos formaban una fantasmagórica danza de sombras. Un motorista de tráfico se detuvo, haciendo ulular la sirena de su motocicleta.

—Dejen pasar —pidió—. ¿Hay supervivientes?

—Uno —dijo alguien—. Es un extranjero, parece. Un es...

—Bien, hemos de llevarle a algún sitio. Hay un hospital por aquí cerca, creo.

—Sí —asintió aturdidamente Marina Vetri—. La clínica el doctor Franchi. Precisamente es un centro de traumatología...

—Pronto, vamos allá entonces —señaló el policía—. Abran paso, por favor, no estorben...

Marina siguió, como hipnotizada, a los hombres que conducían al herido. Pasaron todos ellos junto a la valla y los matorrales. Nadie advirtió la presencia del hombre, erguido en una zona de sombras, más allá de los faros proyectados hacia el lugar del suceso.

Una figura alta, con oscuro impermeable, con manos enguantadas, que se aferraban a la barandilla desgarrada por el coche verde de matrícula inglesa.

La escena se reflejó, por duplicado, con rara fidelidad, en las gafas de espejo del personaje que, lentamente, se dejó, difuminándose en la oscuridad. Los chanclos de goma chapoteaban en el fango de la cuneta...

La última mirada de los ojos, invisibles tras los vidrios espejeantes, había sido para la silueta bien moldeada de Marina Vetri, que los faros automovilistas perfilaban sinuosamente...

CAPÍTULO II

El doctor Bruno Franchi era un hombre afable, correcto y elegante.

Se inclinó, cortés, mirando pensativo a la joven visitante, tras sus gafas livianas, de montura metálica. La ruda luz blanca del aséptico establecimiento resaltó el plateado coquetón de sus canas, en los cabellos bien cuidados.

—Creo que debe volver a su casa, señorita —indicó—. Es tarde, y la región no parece últimamente un sitio demasiado tranquilo para las damas...

—Oh, eso —ella se encogió de hombros, desdeñosa, contemplando los oscuros ojos del médico y su delgado, canoso bigote, recortado minuciosamente, sobre los finos labios risueños—. El asesino, el maníaco sexual de la costa... No me asusta, doctor.

—Pues debería asustarla. Ha matado ya a tres bonitas jóvenes solitarias. Usted es joven y muy atractiva, señorita...

—Vetri —explicó ella—. Marina Vetri. Mi padre es el encargado del Acuarama del Centro Náutico...

—Eso queda un poco alejado de aquí, especialmente de noche y con lluvia... —reflexionó el médico.

—No se preocupe. Tengo mi coche afuera. Me iré en cuanto sepa cómo está el señor Kendall, después de...

—El señor Kendall está perfectamente —suspiró el médico, irguiéndose—. Sus manos son lo único que peligra. Las tiene abrasadas, e ignoramos las lesiones que haya podido sufrir. Está ahora en el quirófano y, salvo el natural *shock* traumático, y algunos golpes, no parece grave su estado. ¿Es amigo suyo?

Es mi maestro. El..., él es un gran escultor, un artista notable, doctor Franchi.

—Escultor... —El médico se mordió el labio, pensativo—. Cielos, espero que sus manos...

No dijo más, pero sacudió la cabeza, pesimista. Ella le miró, anhelante.

—Salve sus manos si es posible, doctor —rogó—. Para un artista como él, es la razón de su vida...

—Lo sé. Le aseguro que haré cuanto pueda. Es mi deber, señorita Vetri. ¿Puedo hacer que alguien la acompañe a su casa? Me sentiría mucho más tranquilo créame...

—No será preciso —rechazó ella—. Le aseguro que no...

—Déjeme actuar a mi manera. Sé lo que ha sucedido. Ese asesino no es invención de ningún periodista puede estar segura. Una enfermera fuera de turno irá con usted. La señorita Tessi podrá hacerlo... Luego llamará a un taxi a la población, y regresará aquí, a tiempo de iniciar su turno, posiblemente cuidando del propio señor Kendall...

—Si insiste... —Marina se encogió de hombros. Recogió del asiento inmediato un portafolios y lo tendió al doctor Franchi—. Hágase cargo de esto, por favor. Es del señor Kendall o de su esposa. Ambos eran escultores. Estaba caído junto al automóvil...

—Muy bien —asintió el médico, recogéndolo—. Así lo haré, señorita Vetri... ¿Es ése el señor Kendall?

Señalaba en la fotografía a un hombre fornido, de cabello castaño, de facciones enérgicas. Marina asintió. Luego señaló a su vez a la rubia dama situada junto a él, vestida con *shorts* y una blusa anudada sobre el estómago. Sus formas resultaban incitantes con aquella aumentaría.

—Y ella era Virginia Kendall, su esposa —indicó Mama—. La que ha muerto en el accidente...

—Entiendo —suspiró el médico. Señaló a la tercera persona situada en la fotografía—. ¿Y este joven? ¿Algún pariente o amigo tal vez?

—No sé. —Marina frunció el ceño, mirando al esbelto, alto muchacho de cabello levemente rubio, ojos claros, facciones enjutas y firmes, boca carnosa y prieta, pantalón ceñido, camisa desabotonada y una cadena pendiendo de su cuello, con un emblema *hippie*. Tenía cabellos largos, una sonrisa desafiante y burlona... y un indudable, viril atractivo. Sacudió ella la cabeza—. No le conozco. No le vi nunca antes de ahora...

Y estudió el delgado pero musculoso torso masculino, sobre el

que pendía aquel colgante pacifista de hierro...

El colgante de hierro que simbolizaba la paz de los *hippies*.

Osciló al moverse él, con un leve quejido entre sus labios apretados. Cuando se incorporó, cayó de lado, rozando un torso de mujer.

El sacudió la cabeza, aturdido aún. Miró las sábanas revueltas, la mujer entre ellas. Dormida, acaso. Las imágenes cobraron nitidez para él.

Y entendió.

Contempló con horror a la mujer.

Estaba muerta. Asesinada.

Dio un respingo. Se echó atrás. La sangre salpicaba todo: ropas, torso femenino, rostro... Degollada. Y junto a él. En aquella habitación de un motel.

Derek saltó del lecho. Se quedó mirando, perplejo, la forma inerte, la mujer intensamente pelirroja, con cabellos que casi rivalizaban con el tono de la sangre. Los claros ojos vidriosos se clavaban en el techo, sin ver.

Se incorporó Derek, tambaleante. Desnudo el torso, bailoteando en él su colgante *hippie*. Tomó su camisa, su cazadora de gastada piel, colgadas de la silla. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Trató de pensar. No era fácil. Su cabeza era un hervidero de confusiones. Apenas si recordaba nada.

Fue al lavabo. Se mojó los largos cabellos rubios el rostro. Sintió náuseas. Sus manos estaban salpicadas de rojo...

Las limpió bajo el grifo. Volvió junto al lecho.

Ella, la sangre... Había botellas en el suelo: refrescos ginebra, *whisky*... Casi todas vacías... Se agachó. Había más. Algo más.

Una jeringuilla hipodérmica. Y una aguja doblada. Olfateó el líquido blancuzco que aún contenía, en escasa dosis. Se miró, asombrado, la muñeca. Recordó.

El motel, las luces parpadeando en la noche... Ella erguida voluptuosamente junto al lecho, mirándole...

Bebidas, risas, algún beso... Luego, la droga. Ella la llevaba consigo.

Su negativa a aceptarla. No, eso no. Drogas, no. A Derek no le gustaban tales cosas. Y ella, riendo, de súbito, le sorprendía. Un

beso. Y durante el beso, la mano rápida de la mujer. El pinchazo. La inyección. Caía la jeringuilla. Pero ya no había remedio. Era tarde.

Le habían inyectado. El, aturdido, comenzaba a ver colores, figuras deformadas, cosas absurdas. Y se hundía en la inconsciencia.

Respiró hondo. Volvió a la realidad, al presente.

—Maldita mujer... —jadeó—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué...?

Miró a la ventana. Abierta. El aire matinal entraba por ella, agitando las cortinas. Había algo de luz de amanecer nuboso. El paisaje costero estaba mojado de lluvia...

Se inclinó sobre el bolso de ella, caído en un rincón, junto a prendas íntimas de la dama. Lo vació.

Llaves de un coche, billetes de Banco, un permiso de conducir a nombre de Mónica Rossi... Unas fotografías en color. Ella misma; en bikini, en *shorts*, con un coche rojo, deportivo, matrícula de Milán...

Otra vez recordó...

Como imágenes de un vertiginoso, recortado *flash-cack* cinematográfico:

El por la carretera, andando por la cuneta... La carretera de la costa, claro. El, haciendo auto-*stop*...

Pasaba junto a una suntuosa residencia con jardines. Un nombre. Un nombre raro, evocador de algo literario, de algo picaresco... Sí. Villa Boccaccio. El nombre aparecía en letras doradas, sobre una puerta de hierro: Villa Boccaccio.

Al otro lado, mar, playas, acantilados...

Un claxon. La puerta de Villa Boccaccio se abría. Salía el coche rojo, deportivo. Ella conducía. Mónica Rossi. Le miró al pasar. Extraña, intensamente. Siguió adelante. El hizo auto-*stop* a otro coche, que se perdió vertiginoso, sin parar.

Y luego, el coche rojo que se detenía. Allí, delante de él, a poca distancia. Derek no iba a perder la ocasión. Corrió al coche.

Ella le invitó a subir. Con un simple gesto. El obedeció. Se puso al lado de ella. El deportivo rojo arrancó. —¿Adónde vas?— preguntó ella.

—A la población. O lo más cerca posible.

—¿Extranjero?

—Sí.

—¿Americano?

—No. Inglés.

—¿Conoces Italia?

—Un poco. Estuve otras veces.

—¿Siempre así?

—Siempre. Me gusta recorrer los países de este modo. Se conocen mejor.

—¿Haces turismo?

—Sí. Y voy a reunirme con unos amigos.

—No sé cómo te llamas...

—Derek.

—Derek... Es bonito. Yo me llamo Mónica.

—También es bonito.

Conducía bien ella. Llevaba minifalda. Eso dejaba ver sus bonitas piernas, bronceadas por el sol del verane. Hasta sus bien formados muslos. Ella captó su mirada. Sonrió. No dijo nada.

Iba muy escotada. Sobre el escote, colgaba algo: una cadena de metal oscuro. Con un colgante. No era una medalla, ni un emblema *hippie*. Era algo raro. Un pez.

Un pez, bailoteando sobre los senos enhiestos.

¡Un pez!

Volvió al presente de nuevo. Caminó rápido hasta la mujer muerta en el lecho del motel.

Sobre la sangre, sobre el torso de mujer meridional exuberante..., la cadena rota. Y nada más, Ni rastro del pez de metal, como hierro forjado...

Un raro pez aquél. Se irguió, tratando de recordé lo. Era..., era como abstracto. Una forma de pez en esqueleto de hierro. Con ojos redondos. Ojos brillantes.

Ojos de oro.

Eso era. Lo recordó bien. Lo buscó en las sábanas. No lo encontró. Sólo la cadena rota, como quebrada de un brusco tirón...

Corrió a la ventana. Miró afuera. El aparcamiento motel, abajo. Coches alineados. Uno rojo. Deportivo. El coche de Mónica Rossi, con matrícula de Milán. Contempló las llaves, en el llavero con la misma matrícula como colgante, allá en el lecho...

El sol salía débilmente, entre nubarrones. Se reflejaba en charcos de lluvia. Miró al alféizar. Tocó con la punta de los dedos. Barro. Señales de pisadas. También en la terraza de baldosines, apenas un

piso bajo la ventana. Y en las escaleras bordeadas de macetones, que descendían al aparcamiento.

EL asesino...

El asesino había llegado por allí. Y por allí se fue. Mientras él dormía, bajo el efecto de la droga. Mientras E inyección hacia su efecto, ella, estúpida de ella..., en asesinada por alguien, allí mismo, junto a él...

Sacudió la cabeza. Era una pesadilla. Una horrible pesadilla. Derek nunca imaginó vivir nada parecido. Miró su reloj de pulsera, de vieja y gastada correa: las ocho menos veinte minutos... Tenía que hacer algo. Cualquier cosa, menos quedarse allí, en aquel motel, con una dama a quien conocía sólo de unas horas, que se detuvo allí tras recogerle haciendo *auto-stop*... ¿Quién iba a creer su historia, quién aceptaría que él..., que él nada tuvo que ver en todo eso?

Salto al alféizar. Como debió hacerlo el asesino. Aterrizó en la terracita. Corrió escaleras abajo, sin hacer ruido, hacia los automóviles aparcados. Todo el mundo parecía dormir aún.

Alcanzó el coche rojo. Entró, cerrando la portezuela. Puso las llaves en el encendido. Hizo funcionar el motor. Comprobó el nivel de gasolina. Suficiente para alejarse de allí bastantes millas. Respiró hondo, con alivio.

La aventura en la carretera había salido mal. Muy mal. Y peor aun para ella, para Mónica Rossi, la italiana del deportivo rojo de Milán...

Arrancó con el coche. Maniobró sacándolo de la hilera de aparcamiento. Salió a la carretera. Se alejó veloz mente, bajo el tibio amanecer nuboso. En la costa, la gaviotas chillaban sobre las rocas y la arena, allí donde rompía suavemente el mar, de un color gris plomizo.

Se frotó las sienes con una mano crispada, nerviosa Horrible. Todo era horrible. El crimen, la sangre... ¿Qué había sucedido? ¿Quién pudo entrar mientras él dormía drogado, y cometió aquella agresión espantosa?

Conducía de regreso hacia Ventimiglia. A la frontera francesa. Debía cruzarla, antes de que fuese demasiado tarde. Cuando descubrieran el cadáver, buscarían a un joven inglés, con aspecto de vagabundo...

Estaba en un país extraño, en un país de gente apasionada e impulsiva que quizá no le haría el menor caso en sus protestas de inocencia. Si al menos lograr alcanzar Inglaterra de nuevo... Una vez allí, expondrá el asunto a las autoridades de su país, y ellos tratarían de investigar, de protegerle de cualquier acción de policía italiana. Allí, en la costa de Italia, era solamente un extranjero. A veces, un extranjero era tan poca cosa...

En ningún momento supo Derek que era vigilado, que era seguido.

En ningún momento descubrió el coche blanco con matrícula de Genova, detenido frente al motel. El coche blanco que, apenas arrancó él del aparcamiento, salió en pos suyo, suavemente.

El coche blanco que conducía un hombre de suéter de cuello alto, color negro, con barbita recortada y ojos fríos y acerados. El coche blanco en el que, junto al hombre del volante, una mujer madura, elegante, de cabello cortó, con mechas rubias, vestida sobriamente de oscuro bajo una gabardina blanca, fumaba un largo cigarrillo, en boquilla de oro, mirando pensativamente, con fría expresión tras sus gafas de cristales color caramelo, para el sol, hacia el deportivo rojo que corría ante ellos, por la amplia cinta de asfalto de la costa.

Derek Lee, ciudadano británico en la Riviera italiana, no se dio cuenta en ningún instante de la presencia de aquel automóvil blanco, en pos de sus huellas, desde el instante mismo en que abandonó el motel.

Ni podía saber cuáles fueron las heladas palabras de la dama que lo ocupaba, al dirigirse al conductor, cuando se inició la persecución:

—Síguelo, Stéfano. No lo pierdas de vista ni un momento. Si tenemos que deshacernos de ese hombre, quiero saberlo con tiempo suficiente. Antes de que sea demasiado tarde, y se convierta en un peligro para nosotros...

—Sí, Yvonne —respondió el conductor—. Deja el asunto en mis manos...

Y la persecución continuó por la carretera, siempre ignorándolo Derek.

Atrás, en el motel, quedaba una mujer asesinada.

—Mi nombre es Cortesse. Adriano Cortesse. Comisario de policía

de San Remo.

Marina Vetri contempló al hombre que se presentaba sí mismo. Era agradable. Cortés, risueño, de mirada inteligente. Cabellos algo canosos, fornido, con un aire que recordaba a un viejo actor del cine italiano, a Gino Cervi. Ojos claros, de romano, como su pelo rizado, ya entre blanco y gris. Vestía un ligero abrigo a prueba de lluvia, a cuadros. Las manos en los bolsillos, la mirada inquisitiva.

—Es un placer, comisario —suspiró ella—. Yo soy Marina Vetri.

—El placer es mío, señorita —dijo él, con aparente sinceridad. Sacudió la cabeza, muy despacio—. He venido a investigar los crímenes.

—¿Los crímenes? —Enarcó sus cejas con sorpresa Marina.

—Sí, ya sabe: el asesino de la costa, el maníaco que mata chicas solitarias... De paso, investigo el accidente de anoche, en la curva cercana a Punta Bianca...

—Oh, entiendo. El coche del señor Kendall...

—Eso es. El coche del señor Zachary Kendall, escultor inglés. Y de su esposa Virginia. Ella ha muerto. El creo que reposa en una clínica cercana...

—La del doctor Bianchi, sí. Sus manos resultaron dañadas. Espero que sane de ello. Un escultor sin manos...

—Sería como un fotógrafo sin ojos —sonrió el policía de San Remo, asintiendo—. Creo que usted conoce a los señores Kendall, ¿no es cierto?

—Sí, les conozco. Trabajo con el señor Kendall. Y veces con su esposa. Ella..., ella también era escultor: dibujante de bocetos y todo eso... Un matrimonio de artistas.

—Ya me habían contado eso. ¿Usted toma clases de escultura?

—Muy elementales —sonrió Marina—. Aprendo a modelar. Me gusta el arte, comisario...

—Muy elogiable —suspiró el policía—. Nuestro país es tierra de artistas. Espero que sea una buena escultora alguna vez, señorita Vetri. Su padre creo que se ocupa del Centro Náutico, ¿no es cierto?

—Exactamente, del Acuarama. Es el acuario y sus dependencias. Los peces, los anfibios, los reptiles, los saurios y todo eso.

—Ya —el comisario Cortesse paseó por la estancia, mirando en torno—. ¿La han autorizado a permanecer aquí, en ausencia de los dueños de la casa?

Marina asintió. Contempló el jardín, rodeado de esculturas blancas, extremas, abstractas. Esculturas de las manos de los Kendall, como elemento decorativo entre los setos. Figuras de singular estructura muchas de Lías...

—Sé dónde dejan la llave cuando se ausentan. Tengo instrucciones de entrar y esperarles cuando no están. He venido a por unos bocetos y unas arcillas mías. Debo t abajar en tanto dure la hospitalización del señor Kendall...

—¿Se llevaba bien el matrimonio, señorita Vetri?

La pregunta la dejó sorprendida. Miró, perpleja, al policía de San Remo.

—Pues, no sé —confesó—. Supongo que sí. Son ingleses, y me resultan diferentes a nosotros, pero no vi nada raro en su comportamiento. El es muy serio, ella era muy... frívola. Pero eso era todo. Parecían unidos. En el arte y en la vida matrimonial. ¿Por qué lo pregunta, comisario?

—Por nada —se encogió de hombros—. Hemos examinado los restos del coche con un experto. Le falló la dirección.

—Sí, el suelo de la carretera estaba muy resbaladizo. La lluvia...

—No fue la lluvia —negó suavemente el policía—. Alguien manipuló ese coche. El accidente tenía que suceder. Fue provocado por alguien...

CAPÍTULO III

—¡Provocado!

—Eso dijo el comisario, sí.

Zachary Kendall contempló al médico. El doctor Franchi le estudiaba gravemente, con ojos pensativos. La enfermera Tessi estaba presente, tomándole la temperatura y el pulso. Pero parecía muy ajena a todo aquello. El uniforme blanco, con el delantal almidonado, no bastaba para disimular sus curvas de meridional rica en prominencias físicas.

—Pero... ¿quién? ¿Por qué? —gimió el escultor inglés.

—No lo sé, señor Kendall —confesó el médico, encogiéndose de hombros—. La policía nunca dice nada. Al parecer, su coche fue manipulado. Estropearon la dirección. El asfalto mojado hizo el resto.

—Eso no tiene sentido... ¿Quién podía desear... matarnos a Virginia y a mí?

—Me gustaría poderle responder. El comisario de San Remo ha prometido volver más tarde a hablar con usted personalmente. ¿Cómo se siente ahora?

—No sé, doctor. Físicamente, no mal del todo —cerró sus ojos—. Pero cada vez que recuerdo... Virginia, mi esposa... Vinimos aquí a veranear el año pasado. Nos ganó esta tierra. Y nos quedamos. Ahora...

—Debe aceptar las cosas como son. Sé que es difícil, pero resígnese. Sus manos están muy dañadas. Espero que respondan al tratamiento. Aún es pronto para juzgar, señor Kendall. La enfermera Tessi cuidará de usted mientras tanto. Sea dócil, obedezca sus instrucciones. Sólo pretendemos ayudarle, créame...

Kendall miró a la enfermera. Sonreía, tras anotar algo en su cuadro clínico. Y preparaba una inyección. Se excitó, incorporándose.

—Eh, ¿qué es eso? —demandó, tenso—. No quiero inyecciones...

—Vamos, vamos, señor Kendall... —sonrió el médico, conciliador—. Es sólo un calmante. Lo necesita. Descanse ahora, por favor...

La enfermera de curvas prominentes se aproximó a él, se inclinó, le inyectó con una sonrisa en su rostro de *madonna* mediterránea...

Kendall suspiró, dejándose manejar. Cayó de espaldas en el lecho. Cerró sus oídos.

—Virginia... —musitó—. Virginia...

Y su voz fue apagándose paulatinamente. Las manos envueltas en vendajes se alzaron para terminar cayendo, con pesadez, sobre el embozo.

—Provocado...

El aire de la tarde era frío, húmedo. Venía del mar y agitaba los cabellos de Marina. Se volvió al comisario sin moverse de la balaustrada del jardín, asomada a litoral, a las playas ya desiertas.

—Sí —asintió Adriano Cortesse—. Provocado, señorita Vetri. Quisieron que ese coche se fuese al abismo, se estrellara en alguna parte.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué? —Casi gritó la joven.

—Si pudiera responder a eso... —El policía se encogió de hombros, pensativo—. Hace algún tiempo que ocurren cosas extrañas en este litoral. Usted ya me entiende; el asesino de jóvenes solitarias... El morbosos criminal que se complace en sus crímenes...

—Ése es otro asunto, comisario...

—¿Usted cree?

Marina elevó la mirada. Clavó sus ojos en el policía. Reveló sorpresa repentina.

—¿Qué quiere decir? —demandó, tensa.

—Le pregunté si creía usted que eran asuntos diferentes el accidente de los señores Kendall... y los crímenes de la costa.

—Pues..., pues imagino que han de serlo. ¿Qué hay en común entre un suceso y otros?

—Algo significativo, señorita Vetri —sonrió distraído el policía—. ¿Sabe por qué estoy aquí ahora?

—Usted habló algo de esos crímenes...

—Omití algo. He venido atraído por una cuestión: rito un testigo de uno de los asesinatos, el de la turista belga Hildegard Van Druten.

—¿Un testigo?

—Sí —resopló el comisario Cortesse, afirmando con la cabeza—. El escultor Zachary Kendall, de nacionalidad inglesa.

Derek Lee detuvo el coche rojo. Miró desde la ventanilla.

Era media tarde. Había dado muchas vueltas, había ocultado el coche en un bosque, había comido en un merendero, apresuradamente.

Ahora volvía allá. Leyó las doradas letras, sobre el portón de hierro forjado:

VILLA BOCCACCIO

De allí salió ella, Mónica Rossi. Le recordaba muy bien. Estudió el paraje. Solitario, frondoso. La tinca era amplia, de suntuosa apariencia. El jardín, muy extenso, con sendero de gravilla bien cuidada entre altos setos.

Dejó el automóvil rojo oculto en la cuneta opuesta, tras unos matorrales y árboles. Espejo a que no pasara coche alguno. Cruzó la calzada a la carrera. Llegó ante la puerta de la residencia.

No estaba cerrada. Sólo entornada. La empujó, con leve chirrido. Entró, avanzando senda adelante.

Allá, a su espalda, en la carretera, un coche blanco dobló una curva, frente a Villa Boccaccio... Naturalmente, el no pudo verlo. Estaba ya muy avanzado por la senda hacia la residencia.

No salió nadie a interceptarlo. Avanzó entre setos, estatuas clásicas, reproduciendo otras del Renacimiento. Las largas piernas de Derek, enfundadas en el pantalón ceñido, azul desvaído, se movían con rapidez, sobre el suave calzado de mocasín. Los ojos claros tenían una dura expresión, el cabello rubio se agitaba, igual que su colgante *hippie*, a impulsos de su larga zancada.

Se detuvo. Estaba ante el edificio de amplio pórtico con columnas. No había nadie. Todas las puertas y ventanas aparecían cerradas herméticamente.

Contempló la fachada. Empezó a rodear el edificio, resueltamente. Sus pies no producían ruido alguno en la gravilla

menuda. Luego, pisó el césped bien cuidado, entre sistemas de riego automático. Alcanzó la parte posterior de la residencia.

Se quedó parado. Mudo de asombro.

Era como asistir a una escena prohibida. A algo arrancado del mismo *Decamerón*, o de un filme erótico de sala especialísima.

Damas en ropas medievales. Pero haciendo un sorprendente *strip-tease* a plena luz del día nublado. Y reflejándose la escena procaz en el espejeante azul de una piscina en forma de corazón.

Delante de todo eso, una cámara cinematográfica. Y un hombre filmando, mientras daba órdenes escuetas, agitando su brazo.

Había al menos seis muchachas de generosa anatomía. No se andaban con tapujos a la hora de exhibirse, pese a las pesadas y multicolores ropas del medievo. Poco después, de esas ropas no quedaba gran cosa. Todas reposaban, plegadas, en las baldosas de colores del lugar, junto a la piscina.

Ellas, convertidas en media docena de *lady* Godivas, reían, zambulléndose en el agua. Y el filmador de la escena se incorporaba, satisfecho, con una imprecación, en un idioma que no era italiano ni inglés, dando por terminada la filmación.

De repente, ellas le señalaron, estallando en exclamaciones de sorpresa, y buscando en la inmersión que su reciente *strip* no siguiera siendo un *show* para el intruso.

Derek Lee no se inmutó. El hombre de la cámara volvióse hacia él.

—¿Qué mil diablos...? —gritó en italiano—. ¿Quién es usted? ¡Fuera de aquí o llamo a la policía...!

—¿Cree que podrá hacerlo, después de lo que he visto? —replicó Derek, con frialdad.

El hombre se movió hacia él a largas zancadas. Era alto, muy alto, rubio canoso, con bigote frondoso, con rostro enjuto y fría mirada azul. Vestía pantalón *beige*, camisa amarilla con pañuelo, y zapatos también del mismo color.

—Escuche, esto es una propiedad privada y...

—Y eso es una filmación poco legal —avisó Derek, señalando a las muchachas de la piscina—. ¿Dónde piensa exhibir tal película?

—¡Eso no es cuenta suya! —Agito sus manos, enfáticamente, añadiendo con ira—: ¿Quién le autorizó a entrar hasta aquí? ¡Es ilegal, y puedo meterle en problemas! ¡Soy Eric De Wolf, legitimo

arrendatario de esta finca y...!

—Y, a lo que veo, *herr* De Wolf, utiliza la finca para un negocio productivo y fácil: la explotación de películas filmadas por usted mismo, con chicas atractivas y poco escrupulosas, que luego tienen fácil venta en mercados prohibidos de muchos países... Algo repugnante, de lo que sin duda esta bella escena medieval que he presenciado es sólo el jugoso y prometedor prólogo...

—Sea usted quien sea, se ha metido en un feo asunto —masculló el extranjero, con fría ira—. Debo, como dueño de este lugar, obligarle a que...

Al tiempo que hablaba, su mano había salido del bolsillo posterior de su pantalón, esgrimiendo una pequeña pistola automática, niquelada y con cachas de marfil, no mayor de un calibre 22, pero capaz a aquella distancia de volarle la cabeza a cualquiera.

Rápido, Derek puso en acción sus conocimientos de autodefensa. Su cuerpo salió proyectado como si lo lanzase una catapulta, y su zurda golpeó secamente la muñeca del contrario, haciendo saltar, disparada, la pequeña automática, que fue a caer, dando volteretas, sobre el césped.

Luego, la derecha del joven inglés descargó un impacto seco en el mentón del enjuto personaje. Tuvo la satisfacción de verle voltear, antes de aterrizar violentamente contra la cámara filmadora y el trípode. Derribó todo ello, y en la piscina, media docena de femininas gargantas soltaron carcajadas a placer.

En ese momento, hubo a espaldas de Derek el sonido más parecido al taponazo de una botella de champaña que él oyera jamás. Y, por cierto, no había botella alguna para celebrar nada. Cuando se volvió, agazapado, tenso, una automática de pesado calibre, con silenciador, humeaba en la mano enguantada de una dama madura de oscuras ropas, sobretodo blanco y cabellos con mechones teñidos de rubio, que le contemplaba a través de las gafas de vidrios color caramelo, con helada expresión, erguida en la esquina del edificio.

A su lado otro personaje, un hombrecillo de suéter negro y barbita recortada, sonreía glacialmente, sin desviar de él sus ojos..., con una navaja automática en su mano, que produjo un feo y seco chasquido, al hacer emerger su rígida lengua de afilado acero.

—Un movimiento más, joven intruso, y seis bellas muchachas serán testigos de su muerte violenta —avisó con voz helada la dama de pantalón y suéter negro, y gabardina blanca, casi deslumbrante.

—Faltará una en la escena —avisó Derek, glacial—. Mónica Tessi, ¿la conoce?

—La conozco —replicó ella, tan helada como él su entonación—. Es la chica a la que asesinó usted en un motel. Usted, joven extranjero. ¿O prefiere que le llame... «asesino psicópata de la costa»...?

—«El asesino psicópata de la costa...»

—Eso es —el comisario Adriano Cortesse se detuvo, con un suspiro, contemplando la vidriera amplia del estudio, asomado al jardín del chalet arrendado por Rendad en la Riviera, solamente un año antes, y decorado ahora a su gusto de artista. Señaló hacia la cerradura—. ¿Quiere abrir, señorita Vetri?

—Sí, por supuesto —suspiró ella. Se puso de puntillas, alcanzó una leve cornisa, y de ella tomó una llave, situada entre unos tiestos floridos. Se acercó a la puerta—. Nunca mencionó ese detalle el señor Kendall...

—¿Que fue testigo de un crimen de ese maníaco? —Cortesse se encogió de hombros, dubitativo—. En realidad, no parecía deseoso de hacerlo. Sentía cierta preocupación. Casi miedo, diría ye...

—¿Cómo sucedió, exactamente? —se interesó Marina, con sus curiosos ojos muy abiertos, la llave ya dentro de la cerradura.

Adriano Cortesse, de la policía de San Remo, hundió las manos en los bolsillos de su abrigo. Contó con rapidez la escena. Marina la vio desfilar ante sus ojos, como en una película entrecortada, 3 escenas sueltas, rotas, aisladas. Como un *flash-back* espasmódico, de planos sueltos y fugaces, a medida que sonaba la voz del policía:

—Hildegard Van Druten...

»Una turista belga. De Amberes. Cerca de Holanda... Rubia, opulenta, maciza, atlética casi.

»El sol quemaba. Sol fuerte, de pleno verano en la Riviera...

»Estaba cayendo hacia el horizonte. Declinando la tarde. Aun así hacía calor. Fuerte calor, bochorno. Hildegard veraneaba en *roulotte*. Su coche arrastraba la vivienda.

»Había aparcado en el bosque, a alguna distancia de la playa.

Junto a un pequeño río entre arboledas... El color de la tarde era de oro y verde. Fresco y cálido a la vez. Los pájaros sonaban, rumorosos, en la espesura.

—Ella salía de su *roulotte*. Envuelta en una toalla amplia. Respiraba fuerte. Tenía calor. Se quitó la toalla, que cayó a tierra. Poco más había encima de su cuerpo musculoso. Brilló como una estatua dorada, al sol vespertino. Sonrió, gozosa de sentirse sola en plena naturaleza. Se arrojó al río. Nadó...

»Los arbustos se apartaron. Unas manos enguantadas los habían movido. Unos ojos escudriñaron el río, tras las gafas de vidrio de espejo, que nada revelaban detrás, y sólo reflejaban el río, la estatua de oro de Hildegard...

»La mano enguantada se movió bajo el impermeable oscuro, brillante. Reapareció. Con un largo, centelleante machete...

—Hildegard volvía a la orilla, braceando. Los pájaros guardaban un raro silencio ahora. La toalla yacía en la orilla, con su gran dibujo en colores: peces, peces de vivo color, estampados en el suave tejido...

»Los peces se reflejaron en los espejos de las gafas. El rostro en sombras, bajo el sombrero rugoso, se elevó. Miro al río, Hildegard volvía a la orilla. Reía, al verle.

—Eh, ¿de qué vas vestido? —dijo, riendo—. No es carnaval, amigo... Dame la toalla. Vamos, dámela y no bromees. No podré salir de aquí sin ella...

—El la miraba sin moverse. Sabía que no podía salir sin toalla. Hasta la cintura, era una estatua desnuda y dorada. Pero no le tendió la toalla. Ella no veía el machete.

—Vamos, dame la toalla —insistió Hildegard—. O saldré de cualquier modo...

»Y riendo, insultante, salió...

»El hombre del largo sobretodo de plástico se incorporó al borde del agua. Hildegard le contempló, asustada. Cruzó sus brazos sobre el torso que chorreaba agua. Gritó...

»El hombre de prendas oscuras alzó el machete. Gritó más Hildegard...

Zachary Kendall acababa de detener su automóvil en el bosque, cuando sonó el grito desgarrador de Hildegard. Frente al coche de Rendad, había un *camping* de turismo. Al otro lado, el bosque.

»Giró la cabeza hacia allá. Otro grito de mujer. Agudo, desgarrador. Kendall saltó del coche. Corrió hacia el bosque...

»Salvó matorrales y arbustos, se arañó con algunos, mientras los gritos se repetían una y otra vez, cada uno de ellos más estremecedor que el otro.

»Alcanzó el claro. Se dilataron sus ojos de horror.

»Descubrió la sangre. El rojo violento, salpicándolo todo: agua, arbustos, suelo, toalla. Gritó roncamente. El asesino giró su rostro un instante. El ala caída, las gafas espejeantes, el flotante sobretodo largo, oscuro, brillante... Y el machete.

»El machete en la mano enguantada. Rojo, goteando escarlata...

»Una venus rubia se hundía, en un caos rojo violento, en las aguas del lago, entre chapoteos. El agua era también carmesí. Kendall no atinó a moverse. Estaba petrificado.

»El asesino sí se movió. Saltó hacia otros arbustos cercanos. Se hundió entre ellos. Entonces se atrevió Kendall a correr en pos suyo. Pasó junto al río, no pudo evitar mirar al agua, un poco más allá de la toalla con peces de vivos colores, salpicados del rojo sangriento.

»Unas formas de mujer flotando. Una bañista trágica, una melena rubia, unos ojos desorbitados, un rostro hendido por un tajo...

»Trozó, cayó sobre los arbustos, trémulo de horror. Había salpicaduras rojas en las ramas y hojas. Las evitó. Logró incorporarse, correr tras la sombra oscura. Pronto la perdió.

»Oyó luego un motor de automóvil. Aceleró la carrera, llegó a una carretera secundaria, entre arboledas. No vio nada. Sólo el humo del escape de un coche, en la curva, tras haber sido doblada ésta.

»Corrió a la curva. Había otras. Y ni rastro ya del automóvil...

»Lívido, regresó al lugar del crimen. Sacudió la cabeza, a medida que se aproximaba al rojo punto del holocausto. Musitó, aturdido:

»—Había algo raro..., algo familiar en esa figura... Dios mío, ¿qué era? ¿Qué era...?

—¿Qué era?

Marina hizo la pregunta, impulsivamente. El rápido desfile de imágenes había cesado. El horror quedaba atrás.

El comisario se encogió de hombros, escéptico. Sacudió la cabeza.

—No sé. Zachary Kendall tampoco lo sabe. Cuando menos, no lo sabía... Informó a la policía. No prestaron demasiada atención a ese detalle. Yo, sí. Cuando he leído su declaración, he decidido venir. Y casi no lo encuentro con vida... Por favor, señorita Vetri, abra...

Ella empujó la gran vidriera de la puerta-balcón del estudio de los Kendall. La luz de la tarde, radiante, entró en los claros muros del amplio recinto repleto de figuras a medio hacer, de bocetos, de arcillas...

—Eh, ¿qué es eso? —pidió el comisario Cortesse, señalando algo que había en medio de la sala, sobre un soporte de piedra.

Marina dirigió sus ojos en esa dirección.

—Un pez —respondió—. Un pez con ojos dorados... ¡Cielos! ¿Qué ha sucedido?

El pez estaba allí. Sobre su soporte. Hecho en escayola o yeso. Pero roto, hecho pedazos. Su cola por un lado, la cabeza en otro... Los dorados ojos redondos, desprendidos...

Alguien lo había destrozado a golpes.

Derek Lee hubiera reconocido en el acto aquel pez. Era idéntico al de hierro forjado que viera en el cuello de una mujer asesinada en un motel...

CAPÍTULO IV

—¿Cómo saben que hubo un asesinato en aquel motel? ¿Lo cometieron ustedes?

—No va a echarnos encima la culpa de ese suceso, oven extranjero —rechazó fríamente la dama—. Si se hubiera preocupado de escuchar los boletines de la radio, sabría que encontraron el cadáver de Mónica. Y que buscan, como presunto culpable del crimen, a un joven inglés con aire de vagabundo... Justamente con sus señas personales.

Derek respiró hondo. Sacudió la cabeza, fija su mirada en el arma silenciosa.

—Yo no lo hice —rechazó—. Fui a ese motel con ella. Fue accidental todo. No nos conocíamos. Fue idea suya.

—Conozco bien a Mónica —dijo con sarcasmo la mujer del sobretodo blanco—. Sé que obraría así con un tipo como usted. Siga. ¿Qué pasó luego? ¿Por qué la mató?

—Yo no le hice nada. Ella..., ella quiso beber. Luego me drogó...

—También encaja en su modo de ser. ¿Quiere decir que no se enteró de nada?

—Absolutamente de nada. Sé que no tiene la menor apariencia de realidad, pero así sucedió. Yo la vi salir de aquí. Por eso he venido. Quiero saber qué clase de chica era ella, por qué la mataron y quién pudo ser...

—La radio dijo que ha sido obra del «psicópata de la costa» —habló desdeñosa ella—. Usted podría serlo. Es extranjero, como parece serlo el asesino de mujeres.

—Yo he llegado ayer a Italia. No sé de qué habla...

—Tendrá que probar eso, si no quiere líos. Hace tiempo que un maníaco anda suelto, matando chicas solitarias. Si dejaron la ventana del motel abierta, el asesino pudo espiarles y entrar allí. Parece que gusta de espiar a las mujeres solas. Pero también pudo

ser usted el que lo hizo. No le conviene ser enemigo nuestro, si necesita ayuda. Y creo que la necesita.

—¿Quiénes son ustedes?

—El es Eric De Wolf, ya lo oyó. Yo, Yvonne De Wolf, su esposa. Stéfano es mi chófer y hombre de confianza —su boca hizo un rictus duro, agresivo, casi viril—. Debe imaginar el resto. Mónica trabajaba con nosotros.

—Entiendo. —Derek miró a la piscina, de donde emergían, temerosas, las muchachas, recuperando sus ropas medievales—. Una más, ¿no?

—Una de las mejores. Ganaba un buen sueldo aquí.

—¿Es éste su negocio?

—Es uno de ellos. —Yvonne De Wolf se encogió de hombros—. No será usted un puritano...

—No soy nada. Pero no me gustan cierta clase de negocios.

—Nadie le dijo que tengan que gustarle. Es mejor que se meta sólo en los suyos, amigo. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Lee. Derek Lee.

—¿Inglés?

—Sí.

—¿Qué hace por aquí? ¿Turismo?

—En cierto modo. Tengo amigos en la Riviera. Vine a reunirme con ellos.

—Va a tener problemas ahora. ¿Por qué no se marcha otra vez a su país?

—Es lo que intento hacer. ¿Van a ayudarme ustedes?

—No habrá otro remedio —suspiró ella. Sonrió, cínica—. Usted sabe demasiado sobre nosotros y nuestras ocupaciones. Nosotros podemos entregarle a la policía y meterle en un lío. Será mejor llegar a un acuerdo amistoso... y dejarle en la frontera francesa. Más allá de Mónaco, incluso. Luego, será tarea suya llegar a Inglaterra y arreglar su problema.

—Parece que no hay mucho donde elegir...

—No, no lo hay.

—Si al menos pudiera ver a mis amigos antes de volver a Inglaterra...

—No es aconsejable. Salga de Italia, es lo mejor. Aquí los extranjeros no están demasiado bien mirados. Y menos los que

practican auto-stop, amigo Lee...

Miró uno a uno a sus interlocutores. De Wolf parecía huraño y poco amistoso; ella, demasiado amistosa incluso. Stéfano, indiferente, como ajeno a todo aquello. Las chicas de la filmación ya no estaban.

—Muy bien —aceptó—. Ustedes mandan. Estoy a su disposición...

—Esto está mejor —lentamente, la sonrisa amplió el gesto de la dama. Hizo un gesto hacia la casa—. Entre. Charlaremos como amigos ahora. Luego, esperaremos a que sea de noche y podamos emprender viaje a la frontera francesa. Supongo que después de lo del motel y lo de ese escultor inglés, las rutas estarán muy vigiladas...

—¿Escultor inglés? —saltó vivamente Derek—. ¿Qué quiso decir con eso?

—Un compatriota suyo que sufrió un accidente mortal. Su esposa murió, y él está grave, en una clínica de la región... Según ciertos rumores, el accidente fue provocado. Un homicidio, ¿comprende? Y ese escultor era testigo de un asesinato del «psicópata»... Eso habrá revolucionado a la policía italiana, Lee...

—¿Qué..., qué nombre tiene ese escultor inglés?

—Kendall. Zachary Kendall. ¿Por qué lo pregunta?

Derek Lee saltó bruscamente sobre la dama. Antes de que ella pudiera evitarlo, le había doblado el brazo con violencia, y le arrancaba el arma, que cubrió a todos ellos, en tanto mantenía a la hombruna mujer contra sí, como parapeto. El asombro por su rápida acción, de auténtico luchador, había inmovilizado a los tres.

—Da la casualidad de que Zachary Kendall y su esposa son los amigos que mencioné antes —silabeó Derek—. No voy a marcharme de Italia sin saber lo que está sucediendo, en especial a los amigos que me invitaron a venir para pasar con ellos una temporada. También yo soy artista, y sobre todo soy amigo suyo. Si ustedes y su... «negocio» está mezclado de algún modo en todo esto, volveré a por ustedes, y con bastante más agresividad que ahora. Ya están avisados.

—Está metiéndose en un avispero. ¿Qué piensa hacer? —Silabeó De Wolf, virulento.

—No lo sé aún. Cualquier cosa..., menos huir —replicó

secamente el joven inglés.

—Kendall no puede ayudarle ahora —le recordó Yvonne—. Está internado en la clínica del doctor Bianchi. En cuanto a la policía..., no creo que acepte su palabra en este asunto, Derek. Ni siquiera acusándonos a nosotros... de algo que tampoco podrá probar, porque no seremos lo bastante necios para dejar evidencia alguna de nuestro negocio de filmaciones. Ni de las chicas, por supuesto.

—Ése va a ser mi propio problema ahora —soltó a Yvonne, apartándose hacia atrás, por la senda de gravilla, sin soltar el arma con la que lograba mantenerles a raya—. Solamente mi problema, hasta que encuentre Zachary Kendall y convenza a la policía de que soy inocente en ese maldito asumo...

—¿Inocente?

—Eso he dicho, comisario. Inocente por completo.

Adriano Cortesse no dijo nada. Hizo unas rápidas notaciones. A su lado, un inspector de la policía local estudiaba ceñudo al joven inglés.

—Derek Lee, nacido en Londres... —recitó Cortesse—. Veintisiete años, soltero... Turista..., con sólo treinta libras esterlinas y quince mil liras en el bolsillo... Trabaja en unos estudios de televisión independiente, en Gran Bretaña, estudia arte... Y confiesa haberse despertado unto a la muchacha asesinada en el motel..., huyendo negó en su automóvil. ¿Es eso lo que he dicho?

—Sí, comisario —asintió Derek.

Cortesse sacudió la cabeza, contemplando de nuevo al visitante del chalet de los Kendall. La escena tenía lugar en el jardín, donde el inglés había permitido que los policías italianos arrestasen.

Marina Vetri era mudo testigo de la escena. Sus ojos no se separaban de Derek, con una mezcla de sorpresa, interés y recelo. Derek, sentado en una balaustrada, junto a una de las estatuas abstractas de Kendall, mantenía su serena arrogancia ante los policías.

—Muy bien... —Cortesse frunció el ceño, cerrando su bloc de apuntes. Estudió, con ojos penetrantes, a Derek Lee—. Se dará perfecta cuenta, mi joven amigo, de que su declaración no ofrece la más mínima confianza. Y que está llena de sospechosas lagunas...

—Lo sé, señor. He venido a ustedes aun contando con todos esos

riesgos.

—Es usted muy valiente, o muy tonto —silabeó Cortesse.

—Posiblemente —sonrió Derek.

—También cabe la posibilidad de que sea demasiado listo —señaló Cortesse bruscamente—. ¿Sabe que todas las patrullas de la Riviera le están buscando desde Ventimiglia hasta Génova?

—Lo imagino. Para el conserje del motel, y para la doncella, yo debo ser el único sospechoso posible. Además, hice todo lo que haría un culpable. Lo siento. Me sentí asustado.

—No le puedo reprochar eso, si es cierto. He visto fotografías del suceso. Pero no he tenido tiempo de ir allí aún. Dice que acababa de conocer a la chica...

—Es la verdad. Hacía *auto-stop* cuando...

—Sí, ya lo ha contado —hubo ironía en el tono del policía, que miró de soslayo a Marina Vetri—. No necesita alardear de su poder de seducción, señor Lee. No estaría bien delante de una joven como la señorita Vetri...

—Lo siento. —Derek cruzó su mirada con la de Marina. Sonrió—. No pretendí tal cosa. Creo que Atónica Rossi no era la primera vez que se sentía fascinada por alguien a primera vista. Parecía experta en eso...

—Dejemos el asunto. ¿Vio algo anormal en la habitación cuando... despertó?

—Nada, salvo el crimen en sí. Y unas huellas de barro en la ventana, en la terracita inferior a la que yo salté...

—¿La ventana se quedó abierta?

—Creo que sí. Al menos, estaba abierta cuando me recuperé de los efectos del narcótico inyectado.

—Mónica Rossi era una adicta. Hemos comprobado ya eso. También sabemos que se ganaba la vida posando para películas y fotografías no demasiado honestas.

—Lo sé. He estado en Villa Boccaccio.

—Villa Boccaccio... —Cortesse afirmó—. Tengo noticia de los De Wolf. El marido es un fotógrafo y cámara especializado en ciertos temas escabrosos. La esposa... es una lesbiana, podría jurarlo. Pero no hay pruebas contra ellos. Dicen que filman y fotografían *spots* de televisión. ¿Usted vio algo más que eso?

—Sí, lo vi. Fui allá porque Mónica. Rossi salía de Villa Boccaccio

con su coche.

—Tuvo suerte. Si no fuera porque es un sospechoso ideal para acusarle de ser el «psicópata de la costa», señor Lee..., le tendría que reclutar como policía en mi escuadrón —sonrió sarcástico Cortesse—. Mis hombres no han logrado sorprender jamás in fraganti a los De Wolf.

—¿Puedo decirle algo, comisario?

Era Marina Vetri la que hablaba. Cortesse se volvió a ella. También Derek, curioso. El policía de San Remo afirmó.

—¿Qué, señorita Vetri? —indagó, cortés.

—El señor Kendall... y también su esposa... mencionaron algo sobre el señor Lee.

—¿De veras?

—Sí. Ellos le habían llamado para que pasara en su compañía unas semanas de vacaciones, eso es cierto. Recibieron un telegrama de Londres, diciéndoles que llegaría del sábado al domingo... Y firmaba Derek Lee.

—Se retrasó un poco, ¿no, señor Lee? —indagó Cortesse, volviéndose a Derek.

—Culpa del auto-stop. Me gusta viajar así. Se conocen mejor los países. Pero no siempre sale todo a medida, y uno viaja más despacio de lo previsto, ¿comprende?

—Comprendo, sí. Usted pudo llegar antes a la Riviera. El sábado asesinaron a una muchacha solitaria, en su *bungalow*, no lejos de aquí. Ayer, hubo el crimen del motel, el accidente del coche de Zachary Kendall... Y esta historia comenzó ya a finales de agosto, cuando fueron asesinadas una turista belga, crimen del que casualmente fue testigo el señor Kendall, primero de la serie sangrienta, y otra turista, esta vez una nudista sueca, en una cala desierta... ¿Podrá tener una coartada para esos días de agosto, señor Lee?

—No sé. Deme las fechas exactas. Pero a finales de agosto estuve fuera de Londres, pescando solo en un delicioso paraje de Nottingham, a bastante distancia de la capital...

—Veremos eso luego. Si coinciden los días y no tuvo testigos de su estancia en Nottingham, señor Lee, se le van a complicar más aún las cosas... Pudo venir a la Riviera en un avión, con nombre supuesto... y cometer los primeros crímenes.

—¿Por puro deporte, comisario? —sonrió Derek.

—No —negó sombrío el policía—. Recuerde que nos enfrentamos a un demente, a un enfermo mental con una psicosis homicida. Y, como loco, muy inteligente. Tanto, que ha procurado matar a Zachary Kendall, porque era testigo de su primer asesinato.

—Ya veo —el joven inglés sacudió la cabeza—. Sigo siendo el primer sospechoso...

—Y casi el único. Kendall, su amigo, vio o creyó ver algo raro y familiar en el asesino. Me pregunto si es que le conoció, o advirtió en él alguna cosa anómala. Estaba dispuesto a trabajar sobre eso. Ahora, estando él en la clínica... no sé qué hacer, por el momento. Pero no quiere correr riesgos. Ni que lo corran otras mujeres, amigo mío.

—Ya —los ojos de Derek, instintivamente, se fijaron un momento en el bello rostro de la joven Marina Vetri, en su bien formada figura juvenil. Rápido, la desvió, para meditar, frotándose el mentón con el dorso de su mano—: ¿Qué piensa hacer, entonces? ¿Encerrarme a la espera de hallar al verdadero culpable..., si es que lo encuentra, comisario?

—Por el momento, no haré eso —rechazó Cortesse—. Usted y yo vamos a ver a Zachary Kendall a la clínica donde se encuentra. Hablaremos con él. Luego... ya veremos.

—Me gustaría acompañarles, ver a Kendall... —terció Marina.

Cortesse frunció el ceño. Hizo un gesto, encogiéndose de hombros.

—Bueno, si lo prefiere... Usted es mujer. Y joven. Y bonita. Creo que estará mucho más segura a mi lado, que andando sola por ahí, señorita Vetri. Recogeré mi abrigo y nos marcharemos...

Se encaminó al estudio de Kendall. Derek y Marina le acompañaron. Al llegar al umbral de la puerta-balcón, Derek lanzó una imprecación.

Se volvió vivamente Cortesse.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el policía, con interés.

Derek contemplaba el pez roto, de escayola hendida. El extraño pez deforme, casi abstracto... Y los dos ojos dorados, desprendidos...

El pez...

Rápido, como un centelleo, vio otro pez. Sobre unos senos de

mujer. Colgando de una cadena de metal oscuro.

Un pez de hierro. Con ojos de oro.

El pez de Mónica Rossi...

—Ese pez... —dijo—. ¿Qué significa...?

El comisario Cortesse le miraba, perplejo. Marina, también. Derek seguía viendo, con los ojos de su imaginación, como en un parpadeo lejano, el otro pez de ojos dorados. El del escote de una mujer que luego moriría asesinada... y de cuyo cuello faltaba entonces la pieza.

—Es el mismo —dijo roncamente—. El mismo pez, comisario...

CAPÍTULO V

—El mismo pez...

—¿Lo es, señor Kendall?

—Sí. Lo es. El mismo pez, sin duda. Derek tiene razón.

—¿Cómo lo sabes? —Era Lee quién preguntaba vivamente—. ¿Conocías a Mónica Rossi?

—No, no la conocía —suspiró Kendall. Elevó sus manos envueltas en prietos vendajes, como las manos de una momia, desde el lecho donde permanecía sentado ahora, a la cruda luz blanca, lechosa, de la moderna clínica del doctor Franchi—. Pero sé que tuvo que ser el mismo pez que vieron en mi estudio...

—¿Por qué, señor Kendall? —se interesó el comisario de San Remo.

—Tiene que serlo —sonrió Zachary Kendall—. Es el pez de los ojos de oro. No hay otro. Vendí mi boceto a un creador de bisutería y joyas. Un bello y raro pez...

—El pez... —Cortesse, ceñudo, se volvió a Marina Vetri—. Es curioso...

—¿Qué es lo curioso? —indagó ella, intrigada.

—Ese pez... Otros peces... Usted sabe de peces, sin duda. Su padre trabaja en ellos, ¿no?

—Pues..., sí. Cuida de todos ellos en el acuario —reveló ella sorpresa—. ¿Por qué lo dice, comisario?

El policía paseó por la fuertemente iluminada estancia de la clínica, ante las miradas expectantes de Marina, de Derek, del paciente y de su enfermera.

—Peces... —recitó Adriano Cortesse—. Siempre peces...

—¿Siempre peces? —indagó Derek Lee, perplejo.

—Sí, eso dije —se volvió, brusco. Enunció—: Peces en una toalla manchada de sangre, ¿recuerda, señor Kendall?

—Cielos, sí... —resopló él, estremeciéndose, cerrando sus ojos

—. Sí...

La toalla. La vio ante sí. Con rojas salpicaduras. Sufrió una convulsión. Sus manos vendadas se agarrotaron. Respiró con fuerza, en silencio, sin añadir más.

Cortesse continuaba:

—Unos peces en una cesta, junto a las piernas de una nudista sueca, en una cala desierta, entre rocas... —Cortesse evocó mentalmente la fotografía policial, con aquellas piernas de mujer de dorado vello, salpicadas de rojo tras el crimen horrible, con un arpón de fusil submarino hincado en el cuello de la infortunada turista sueca. Y los peces, todavía coleando en la cesta, atravesados también por arpones de la desdichada pescadora...

Siguió, tras un resoplido:

—Peces dispersos en una mesa, con una pecera rota, cuando una solitaria chica fue muerta con los vidrios de una botella, en el baño de su *bungalow* el sábado... Y ahora, un pez colgando de un cuello de mujer, en un motel... Y un pez de escayola, roto en un estudio, el de un hombre que pudo morir, el de una mujer que sí murió en el accidente provocado... Demasiados peces, ¿no creen?

Hubo un profundo silencio. Zachary Kendall afirmó despacio, la vista perdida en el blanco, aséptico ambiente de la clínica:

—Y ese pez... Mi pez..., ¿quién lo rompió?

—Tal vez la misma persona que rompió la dirección de su coche, señor Kendall —señaló el policía italiano—. Tal vez...

—Pero..., ¿por qué?

—No sé. Quizá aborrece a los peces, o su presencia le evoca algo odioso, algo que debe ser destruido... —Se encogió de hombros—. Es un psicópata, recuerden. Un maníaco... Todo cabe en una mente enferma.

Derek se inclinó junto al lecho de Zachary Kendall. Éste le miró, cansadamente. El joven inglés sonrió a medias, pero su rostro continuó grave. Su mano nervuda se crispó en el embozo de la sábana.

—Zachary, el comisario Cortesse ha hablado de un crimen que tú presenciaste... Fue el primero de todos, en un bosque...

—El bosque... —De nuevo cerró los ojos—. Sí... Recuerdo bien, Derek. Muy bien. El hombre alto, el impermeable... Las gafas oscuras, los guantes... El machete ensangrentado... Y la chica. La

pobre chica. La bañista belga, desangrándose en el agua, junto a la orilla... Fue horrible. Horrible...

Su cuerpo sufrió una convulsión. Cortesse hizo un gesto a Derek, y le apartó de allí. Fue él quién se inclinó ahora, preguntando suavemente:

—Usted..., usted creyó identificar algo en el asesino, señor Kendall... —musitó—. Algo familiar, algo raro... ¿Puede recordar? ¿Puede saber ahora... qué fue ese algo?

Kendall respiraba con fuerza. Con sus ojos cerrados, apretados los labios, era evidente que pensaba, que reflexionaba, sin saber exactamente qué... O acaso intentando localizar un recuerdo perdido en su memoria, por vago, por confuso que fuese...

—No, no puedo... —musitó al fin. Sacudió la cabeza—. No recuerdo, no logro centrar mis pensamientos... No sé... Comisario, lo siento. No sé... ¡No sé...!

Cortesse se incorporó, con un suspiro. Miró a Derek. Éste movió la cabeza, con desaliento. La enfermera fue rápida al paciente. Le tomó el pulso. Preparó una inyección.

—Deberían dejarle, señores —advirtió—. Han abusado ya de su resistencia. Hace poco que perdió a la esposa, sus manos están virtualmente perdidas... y recuerden que es escultor...

Injectó al paciente. En el lecho, Zachary Kendall se agitó, con un gemido, al entrar la aguja hipodérmica en su brazo. Lentamente, se relajó. Derek Lee, con la vista fija en sus manos, en aquellas manos rígidas, envueltas en vendajes, encajó las mandíbulas sin hacer comentario alguno, mudo testigo de la última reacción de su amigo, al hundirse éste en un total relajamiento, que pronto sería sopor...

Las manos vendadas, inútiles ya, quedaron allí, como erguidas en un ademán de muda protesta o de desesperada plegaria, iluminadas crudamente por la blanca luz de la clínica del doctor Franchi...

—Inútiles...

—Sí, señores. Por completo. Me temo que nunca más pueda modelar arcilla o barro, ni tener sensibilidad en sus dedos para dar forma al yeso o al mármol... Como artista, Zachary Kendall ha terminado...

—¿Qué le sucedió? —indagó Derek, tras un silencio.

El doctor Bruno Franchi caminó unos pasos, hacia la salida de la clínica, por el largo, luminoso, aséptico corredor de ésta. Su voz sonó grave, profunda, reflexiva:

—Lesiones en sus tendones, en algunos de sus huesos... Puede sanar de ellas o no. A veces ocurren cosas raras, pero no es frecuente... Pobre Kendall. Un artista que ve rota su gran ilusión... Tiene dinero, es cierto. Pero el arte era para él su vida. Además, se queda solo...

—Sólo... —suspiró Derek Lee—. Eso será lo peor. Amaba mucho a Virginia, su mujer. Eran compañeros, camaradas, colaboradores... No sé lo que hará ahora...

—Es cierto —convino Marina—. Siempre estaban tan unidos...

Siguieron adelante en silencio. El doctor Franchi carraspeó, cerca ya de la salida. Derek miró de soslayo. Una enfermera salía de una habitación. Otra pasó junto a ellos, con un carrito, entrando en otra estancia. Pareció intrigado. Enarcó sus cejas.

—Bonitas enfermeras tiene —comentó—. ¿Todas son elegidas conforme a sus curvas, doctor?

El doctor rió entre dientes la broma.

—¡Qué cosas tiene! —respondió—. Estaríamos bien en una clínica si eligiéramos a las enfermeras conforme a su físico... Todas son escogidas por su historial y capacidad.

—Pues entonces la mujer italiana sobrepasa lo que yo imaginaba. Y eso que era mucho. —Derek rió burlón, mirando a otra enfermera, apenas entrevista por una puerta entreabierta, luciendo sus curvas bien ceñidas por el uniforme blanco, que elevó su moderna línea hasta las bien formadas corvas—. O las enfermeras de la Riviera son lo mejor del mundo.

Llegaron a la salida. Otra enfermera entraba en ese momento. Sobre su blanco uniforme, y apenas visible por su delantal almidonado, se descubría una cadena oscura, con un colgante.

Derek se paró en seco. Se quedó rígido. Lo señaló.

—Un momento —pidió. Y avanzó en dos zancadas hasta la enfermera. Tomó la cadena, ante el asombro de ésta, procurando no rozar sus prominentes senos. Era una morena sinuosa, joven y de grandes ojos oscuros, que le miraron con asombro.

—Oiga, ¿qué significa...? —comenzó ella, aturdida y algo molesta.

—Perdone, enfermera —habló Derek Lee, con desparpajo. Examinó críticamente el colgante. Los dorados ojos de un pez de hierro esmaltado brillaron en su mano—. ¿Dónde encontró esto?

—¿Encontrarlo? Lo adquiriré en la ciudad hoy mismo —se irritó ella.

—¿De veras? ¿En qué lugar de la ciudad? —se interesó el inglés.

Ella le estudió, algo hostil en principio. Luego, la proximidad de los ojos claros y profundos del joven, de su rostro enjuto y firme, parecieron suavizarla y ablandar su oposición instintiva. Su voz sonó casi melosa al final:

—En la bisutería de Bosatti, por supuesto —murmuró—. La mejor de la ciudad...

La enfermera siguió adelante tras desprenderse, algo insultante, de la mano de Derek, que sostenía su joya. Derek Lee se volvió. Cambió una ojeada pensativa con los demás que le acompañaban.

—Ahora entiendo —dijo Cortesse, mordiéndose el labio—. Las venden en serie. Peces de bisutería, sobre ese boceto de Kendall...

—Visto así, no tiene nada de particular, ¿no cree? —comentó Derek Lee.

—Posiblemente —el policía hizo un encogimiento de hombros—. Pero usted se sintió intrigado también...

—Sí —respiró hondo Derek—. Yo vi ese pez en un lugar muy especial, comisario, recuérdelo. No es fácil que nunca lo olvide, mientras viva.

Y como si en su mente hubiera un guiño visual repentino, le pareció ver de repente ante sí aquella imagen obsesiva, de un seno de mujer con un colgante en forma de pez con ojos dorados...

Luego, con la misma celeridad que llegó, la fugaz estampa se perdió en el recuerdo. Y Derek Lee contempló, ceñudo, el exterior, más allá de la puerta vidriera y de la luz blanca, casi cegadora, del acceso a la clínica de Traumatología del doctor Franchi.

—Llueve —comentó, malhumorado—. Vuelve a llover...

Era cierto. Había vuelto la llovizna, en el atardecer costeno, melancólico y casi otoñal, aunque conservando la cálida temperatura bochornosa del final del verano...

Tras ellos, en el amplio vestíbulo moderno y aséptico de la clínica, sonaron unas suaves campanadas. Se volvieron a mirar. Las ocho en punto.

El reloj dio diez campanadas.

Las diez en punto. Al menos, en el pequeño reloj tirolés colgado del muro. Dejó de circular la figurilla, haciendo tañer unas campanillas.

Volvió, insistente, el rumor de la lluvia en el exterior. Por unos momentos, no se percibió nada más. Al menos, dentro de la *roulotte*.

Bajo el reloj, estaba el pez.

El pez de escayola. Un pez con forma rara, abstracta. Pequeño, para adornar un soporte. Idéntico al que apareciera roto en el estudio de Kendall... Con los mismos dorados y redondos ojos...

Había otras pequeñas esculturas. Todas ellas modernistas, de línea confusa, difícil de interpretar. En hierro, en arcilla, en escayola...

La *roulotte* era amplia, bien iluminada. Tenía las cortinillas de sus ventanas echadas. El hombre fumaba, tendido indolente en una litera plegable. Alrededor suyo, publicaciones de arte, mezcladas con otras de formas femeninas menos artísticas. Ediciones procaces, revistas frívolas...

Los ojos del único ocupante de la *roulotte* se fijaban en el techo de su vehículo-vivienda. Permanecía quieto indiferente a todo. No revelaba inquietud alguna, por hallarse solo en aquella zona del bosque, acampado lejos de la playa, lejos de los *campings* y luces. En una radio sonaba músicaailable.

Se detuvo de pronto esa música. Un locutor informó:

—«Boletín informativo local de última hora: en la Riviera sigue el cerco policial, buscando al asesino psicópata. Se supone que se halla en un área que actualmente controla a la perfección la policía, y es cuestión de poco tiempo dar con el culpable y notificar su identidad a los medios informativos. Sus últimos delitos el asesinato de una joven modelo en un motel de la costa, y el intento de asesinato del único testigo que puede conducir a la localización del criminal, han logrado incrementar el tesón de nuestras autoridades, y se da como hecho que el monstruoso asesino...»

Soltó una risita el ocupante de la *roulotte*, y cerró de golpe el receptor. Aplastó el cigarrillo en el cenicero tomó una botella y un vaso, se sirvió dos dedos de *whisky*, y bebió echándose otra vez boca arriba, con gesto reflexivo.

Su rostro reflejaba una expresión irónica, sobre todo causa de la crispación de su boca, en una mueca sarcástica. Canturreó, entre dientes, la misma canción que la emisora acababa de transmitir, antes del boletín de noticias recién interrumpido.

Afuera seguía lloviendo con fuerza. El rumor de la lluvia sobre la hojarasca lo ahogaba todo. Incluso el lejano deslizamiento de los coches por la autopista. Incluso el roce de unos chanclos de goma en el suelo enfangado y blando, camino de la leve luz que despedía el remolque-vivienda...

Las manos enguantadas apartaban los arbustos en silencio. El agua daba más brillo todavía al impermeable oscuro, de materia plástica. Y chorreaba de las blandas y abatidas alas del sombrero para lluvia... Por delante de unos ojos invisibles, velados por unos lentes de montura dorada, con vidrios de espejo.

Inexorablemente, la figura del intruso de oscuras ropas se iba acercando al automóvil aparcado y al remolque ocupado por el hombre solitario...

Éste se incorporó, dentro del vehículo, bien ajeno a lo que sucedía afuera, a la proximidad sigilosa del que legaba. Cojeó camino de una pequeña cocina a gas, puso agua, y encendió el fuego. Preparó café soluble en una taza, sin azúcar. Al volver, siempre con su cojera, hacia el lecho, se detuvo ante el pez de escayola. Lo contempló. Lo tomó en sus manos, examinándolo. Sus ojos brillaron, ardientes. Contrajo los labios. Estrujó la pieza en sus dedos y la hizo crujir. Luego, la dejó con brusquedad. Regresó, con rápido paso renqueante, y se tendió en el lecho. Encendió otro cigarrillo. Se sirvió una nueva dosis de *whisky*...

Afuera, los chanclos de la muerte seguían moviéndose en la oscuridad, bajo el aguacero de setiembre. El hombre del remolque, bien ajeno a ello, fumaba y bebía. En la cocina, comenzó a hervir el agua.

Se incorporó, con aire de fastidio. Tiró una revista de páginas en color, con rotundas figuras de mujer de insultante anatomía, y se movió, cojeando, hacia el fuego.

Entonces golpearon la puerta de la *roulotte*.

—¿Eh? —masculló el hombre, alto y joven. Se peinó su cabello oscuro y abundante con los dedos—. ¿Qué diablos...?

Se repitió la llamada. El ocupante del remolque reveló

desconfianza en su rostro. Miró en torno. Aferró un cuchillo de cocina que tenía sobre el soporte, junto al fuego. Luego, rió entre dientes.

—¿Quién será ahora? —refunfuñó. Y soltó el cuchillo, con desprecio.

Fue hacia la puerta. Ya se repetía la llamada. Suave, intermitente.

—Es la señal... —musitó—. Pero no puede ser... No puede ser... ella...

Llegó ante la puerta del remolque, asegurada con un pestillo y una llave. Giró ambas cosas. Abrió bruscamente, encarándose con el exterior lluvioso.

—¿Quién demonios es? —preguntó, abrupto.

Sorpresa. No había nadie. Absolutamente nadie afuera. Sólo oscuridad, aguacero, brillo de la luz del interior en la hojarasca mojada, que parecía charol en la sombra...

Irritado, asomó, soltando una imprecación entre dientes. Exigió, con voz potente:

—¡No me gustan las bromas! ¿Quién ha sido el que...?

Solamente asomó la cabeza. Aquella cosa cayó sobre él. Se enroscó rápidamente en su cuello. Asombrado, miró ante sí a la alta figura cíe gafas con vidrios espejeantes. Pestañeó, incrédulo, sin aceptar lo que veía.

El hombre fantasmal surgió. Sus manos enguantadas sujetaban con fuerza aquella especie de metal retorcido, dócil, maleable, que se enroscaba a su cuello como una tralla o un reptil. Tiró de él, tras hacer un cruce. El ocupante del remolque sintió la asfixia.

Gorgoteó en vano, pretendiendo deshacerse de la presión. Reculó, cayendo dentro del remolque. Le siguió el intruso. Pisó el interior de la *roulotte*, y cerró la puerta tras de sí. Apretó más y más.

El agredido cayó de rodillas. Forcejeó, a punto de la asfixia. Su faz se tornó púrpura, sus ojos se dilataron, su lengua asomó entre los labios... Aun así, luchó por soltarse. Su agresor rió entre dientes. Soltó una de las extremidades del negro y grueso alambre. La víctima pareció a punto de soltarse...

Su atacante tomó con la mano enguantada el pote hirviente. Arrojó, sin vacilar, el agua en ebullición contra la cara y cabellos de

su víctima. Aulló, abrasado, el infeliz. Cayó de bruces, se revolcó...

Fríamente, las manos recuperaron la extremidad perdida. La enroscaron una vez más. Y tiraron, tiraron...

Al final, el ocupante de la *roulotte* quedó inmóvil. Con la piel color purpúreo. Con los ojos desorbitados, la boca hinchada, ampollas de quemaduras en la faz...

Su asesino le soltó. Fue al estante. Los ojos invisibles se clavaron en el pez de escayola. Lo quebró de un seco puñetazo. Fragmentos blancos volaron hasta el caído. Dos ojos dorados rodaron hasta el suelo.

Luego, el asesino de impermeable largo y chorreante tomó el punzante cuchillo de cocina. Avanzó, cruel, hacia el caído...

Algo rojo saltó luego a las paredes de la *roulotte*, con violencia siniestra.

CAPÍTULO VI

Era un amanecer hosco, como toda aquella semana.

Nubes grises, sol difuso, humedad, bochorno... Y gaviotas chillando en el mar pizarroso. Y melancolía en las playas, en los *campings*, en las zonas residenciales de turismo.

Los motoristas de la policía italiana cercaban la zona. Dos coches-patrulla vigilaban los accesos a la carretera. Había movimiento en torno al coche aparcado, un «Fiat» 1450, con matrícula de Génova. Y detrás, una *roulotte* de carrocería gris perla...

Derek Lee avanzó pesadamente sobre el suelo embarrado, las manos en los bolsillos angostos de su estrecho pantalón, la mirada clara, desvaída por el paisaje en torno. Contempló el remolque, el paraje. Luego, a los policías que aparecían por doquier. La mañana era un juego singular de grises, verdes y sienas. Al menos, en aquel lugar.

Adriano Cortesse esperaba junto a la *roulotte* gris perla. Le miró, pensativo.

—Otra víctima, señor Lee —dijo.

—¿Otra? —dudó Derek—. ¿Qué clase de chica esta vez?

—La cosa ha cambiado. No es una chica, sino... un chico.

—¿Un chico? —Pestañeó Derek, perplejo.

—Un *play boy* habitual. Residente de estos parajes. Cazador de turistas incautas. Estafador, bribón, mujeriego... Sandro Frida es su nombre. Era, claro.

—¿Joven?

—Veintinueve años, según decía. Treinta y tres en su documento de identificación. Un pájaro de cuenta. Y eso que cojeaba...

—¿Cojeaba?

—La pierna derecha. Un accidente de tráfico. Pero era guapo,

arrogante... y fresco. Muy fresco con las mujeres. Un vividor experto. Podía engañar a cualquiera. Tuvo un lío con la chica belga a la que mataron en el río. Tuvo tantos...

—Entiendo. —Derek miró adentro—. ¿Por qué a él?

—No sé. No lo entiendo. Acaso el pez...

—¿El qué...? —reclamó Derek Lee, sobresaltado.

—El pez —sonrió fríamente el policía de San Remo, mirándole pensativo—. Véalo. Lo hizo pedazos. Pero no hay que ser un lince para advertir que era una copia en pequeño del mismo pez de Kendall. En escayola también. Cuidado, no pise ahí. Hay un ojo dorado... Del pez, claro está.

Derek no pisó. Miró la cuenca dorada, a sus pies, dentro del remolque-vivienda. Vio los trozos del pez de escayola, su soporte en un estante, con la base rota. Descubrió el cadáver, y tuvo un escalofrío.

—Cielos, ¿qué le hicieron? —jadeó.

—De todo —dijo Cortesse con rudeza—. Usó un cable de metal flexible. Le destrozó la garganta, pero no era bastante sin duda. Derramó agua hirviendo en su cara. Luego... le clavó ese cuchillo varias veces, en todo su cuerpo... Es horrible, entiendo lo que sentirá al verlo. Así es nuestro hombre. El psicópata de la costa...

—¿Fue él?

—Tuvo que ser él. Aunque no hubiera mujeres por medio esta vez. Algún oculto motivo. Estamos ante un loco. Y un loco muy peligroso...

—No necesita decírmelo... —Derek frunció el ceño, estudiando al muerto, pese a lo poco grato que era contemplar aquel cadáver—. Tal vez ese tipo sabía algo...

—Tal vez. Frecuentaba la amistad de mujeres. No resultaría nada raro que hubiese visto más de lo conveniente para el asesino, que conociera a éste, incluso... Eso explicaría su muerte. También Kendall iba a ser muerto por ser testigo. Su manía es matar mujeres. Pero creo que no duda si hay que eliminar a algún hombre especialmente peligroso para su seguridad personal...

—¿No hay indicios?

—No. Ninguno... salvo esto —dijo dramáticamente el policía.

Y tiró de un asiento que, en realidad, no era sino la tapa de un mueble o arcón para guardar ropa.

Derek se quedó contemplando aquellas prendas. Las miró, acercándose. Tocó algunas, con precauciones.

—Un sombrero mojado, un impermeable de plástico, chanclos de goma con fango... Guantes negros, unas gafas de cristal de espejo... —Alzó la mirada clavándola en el comisario de San Remo—. ¿Qué significa...?

—Son sus ropas. No las de Sandro Frída por supuesto. Las de él. El asesino.

—¿El maníaco?

—Sí. Son las que usa. Las que vio Kendall. Las que usaba el criminal que mató a Hildegard Van Druten. Y a las demás, claro. Un ciclista le vio alejarse del *bungalow* donde mataron el sábado a la chica solitaria. Del susto se cayó con bicicleta y todo, estropeándola. No pudo repararla, y se le perdió el tipo. Aun así, dudo que le hubiera seguido. Era idéntica descripción. El hombre que vio Zachary Kendall...

—¿Qué hacen ahí esas ropas?

—No sé. Alguien pretende hacernos creer que Sandro Frida era el psicópata de la costa. Y que, muerto él, todo terminó.

—No se suicidó, eso es obvio. De modo que la intención del asesino cae por su base...

—Acaso tuvo que salir del remolque sin ese disfraz, por alguna razón, y se vio precisado a ocultarlo ahí. No me sorprendería nada, señor Lee.

Derek tomó el sombrero. Se lo puso. Le quedó hundido hasta el puente de la nariz, y rió entre dientes. Se lo quitó, tirándolo con las demás prendas.

—¿Sigue pensando que soy yo el monstruo del litoral, comisario? —indagó.

—Podría serlo —señaló las ropas—. Y eso, sólo un señuelo para desviar mi atención.

—Por Dios, comisario, he dormido esta noche en el cuartelillo de la policía y...

—Está bien, está bien, no proteste —sonrió Cortesse—. Solamente estaba bromeando, muchacho. No creo que hiciera usted eso. Pero tal vez este hombre era realmente el psicópata, y alguien que lo sabía logró vengarse... No sé, estoy sumido en un mar de confusiones.

—Pero tiene que hacer algo..., sea lo que fuere.

—Si cuando menos supiera qué hacer... —Sacudió la cabeza, con desaliento. Luego, miró a Derek Lee—. La gente se vuelve extrañamente huraña y hostil cuando la policía investiga. Es como si el asesino tuviera siempre un elemento a favor. Te responden con evasivas, tienen miedo, se escabullen... y a veces ocultan pruebas o evidencias fundamentales. A veces, amigo mío, llego a sentirme cansado de mi propio oficio, puede creermelo.

—Según eso, un hombre que no fuese policía, sería más eficaz investigando —rió Derek—. Si hubiera visto a los De Wolf... Nunca hubiesen admitido ante usted lo que aceptaron ante mi ayer...

—Sí, lo sé. Eso es lo que... —Cortesse se detuvo. Alzó la cabeza. Contempló al joven inglés de hito en hito—. Eh, eso que dijo es interesante...

—¿El qué, comisario?

—Lo que dijo de usted, de los De Wolf, la gentuza de Villa Boccaccio y su asqueroso negocio... Claro, podría ser la solución...

—¿Qué solución?

—Usted quiere ser libre, ¿no? Sentirse fuera de toda sospecha...

—Claro, ¿quién no?

—Bien. Gánese ese derecho, señor Lee.

—Pero ¿cómo?

—Investigue. Averigüe cosas, profundice. Usted es un extraño, incluso un tipo sospechoso. Mucha gente se confiará a usted. Sobre todo, si son mujeres... Vamos, empiece a actuar. Yo le autorizo, como auxiliar especial de la policía. Sin armas ni credenciales, claro. Pero con mi especial permiso. Busque algo, lo que sea. Encuéntreme algo, ayúdeme a dar con la clave de este asunto... y se habrá librado de sospechas, a la vez que gana su independencia.

—Espere, comisario. Eso es muy arriesgado. No sé si me conviene aceptar o no.

—Bien. No acepte. Es dueño de hacerlo. Inmediatamente le encerraré, acusado de sospechas en varios asesinatos, especialmente en el del motel, y...

—Está bien. Me ha convencido —suspiró Derek Lee—. ¿Por dónde empiezo, comisario?

—Eso... lo dejo a su propia iniciativa —sonrió afablemente Adriano Cortesse.

El hombre alzó la cabeza.

La campanilla no hacía mucho que había tintineado vivamente. Asintió despacio, con la cabeza calva, brillante y sebosa, dejando su lupa de trabajo en la mesa repleta de piezas de metal, piedras de bisutería y otros elementos.

—Sí —admitió—. Soy Bosatti. Guido Bosatti. El mejor orfebre de la ciudad.

—¿Bisutería solamente? —señaló Derek Lee hacia la mesa de trabajo.

—Y joyería fina, cuando se tercia —declaró con orgullo el hombre—. Por encargo solamente.

—Busco algo nuevo. Me dijeron que viniera a usted.

—¿Nuevo? ¿En qué estilo? ¿Joyas, bisutería...?

—Bisutería de lujo. Novedades. Algo raro, especial...

—Tengo muchas cosas. Mi empleado puede mostrarle.

—No. Preferiría que fuese usted mismo, señor Bosatti —sonrió Lee—. Soy inglés. Tengo que regalar algo a una chica compatriota mía. Ya entiende, una amistad del verano...

—Sí, ya entiendo. Es lo habitual. Pero mi empleado podría...

—Su empleado me mostró algunas cosas ya. No fueron de mi gusto. Animales, amuletos, signos del Zodíaco... No, no es eso. Mi..., mi chica ama el mar. Desea algo que le recuerde por siempre el mar Mediterráneo, ¿entiende, *signore* Bosatti?

—Entiendo, sí. Hay caracolas, caballitos de mar, peces...

—¡Eso es! —aceptó Derek con entusiasmo—. Algo así. Peces, por ejemplo...

—Venga. —Bosatti se incorporó. Le llevó a un estante—. Tengo una novedad que deseo reservar para el próximo verano. Es un pez de raro diseño. Algo hermoso e inquietante a la vez... ¡Un pez con ojos de oro!

Tiró de una cortina. Derek Lee contempló hasta un centenar de peces idénticos, alineados sobre un terciopelo rojo oscuro. Peces de metal forjado, de ojos dorados...

El mismo pez. El de Mónica, el de Kendall, el de la enfermera del doctor Franchi, el del remolque trágico...

—Magnífico... —Temó uno. Lo contempló, a la luz—. Un bello diseño, *signore* Bosatti... Un bellísimo diseño... Pero juraría que ya vi antes otros...

—Imposible —rechazó el joyero—. No he vendido ninguno. Ni un solo.

—¿No? —Derek enarcó las cejas—. Me temo que sufra un error. Mi chica me hizo ver uno de ellos. Se quedó prendada de ese colgante. Lo llevaba..., lo llevaba una chica... Muy bonita, muy pelirroja...

—Es raro... ¿Cree que se parecía a éste? —dudó Bosatti.

—No se parecía. Era igual. Exactamente igual —sonrió Derek, con ingenuidad, dando vueltas entre sus dedos a aquel pececillo de metal con ojos de oro.

—No sé... Tal vez... —Se mordió el labio inferior—. Tal vez mi amigo...

—¿Quién? —quiso saber Derek, dominando su excitación.

—No, nadie. —Bosatti hizo un gesto evasivo—. Es posible que mi dependiente vendiese alguno, sin yo saberlo. De todos modos, sería una excepción.

—¿Podría haber... dos excepciones? —sugirió Derek Lee, risueño.

—No. Rotundamente, no —rechazó el orfebre—. Solamente una, en todo caso.

—Yo juraría que vi dos. En diferentes mujeres.

—No —rechazó decidido el orfebre—. Una solo, señor...

—Lee —sonrió Derek, afable. Examinó el pececillo—. Es igual. No tiene importancia la cuestión. El hecho es que me gusta. Me quedaría uno si..., si no fuese demasiado caro...

—Los ojos son de oro de veintidós quilates, señor Lee. Y el trabajo es delicado... Además, es una novedad y...

—¿Cuánto? —cortó Derek, rotundo.

—En su moneda, señor Lee... veinticinco libras.

—Es muy caro —suspiró Derek. Sacó el dinero—. Pero me quedo uno. Por cierto, su diseño me recuerda al de Borroughs, el gran diseñador escocés...

—¿Entiende usted de diseños de orfebrería, señor Lee? —se sorprendió Bosetti, tomando el dinero.

—No mucho. —Derek se encogió de hombros—. Pero conocí a Borroughs y...

—Se equivoca. No es de él. Lo diseñó un buen amigo mío.

—¿De veras? —Derek enarcó las cejas—. Dicen que hay aquí, en

Italia, un escultor y diseñador inglés, que...

—No es inglés, no insista —cortó secamente—. Me facilitó ese diseño una dama. Es todo, señor Lee. Si le complace su compra, le ruego no me moleste más. Tengo trabajo y...

—Claro, *signore* Bosatti. —Derek se disculpó, afable, iniciando la marcha—. Fue muy amable. Mil gracias por todo...

Salió del recinto. Afuera, sonó la campanilla. Bosetti, ceñudo, vaciló. Luego, tomó un teléfono del estante inmediato a su mesa de trabajo: Marcó un número.

Comenzó a hablar, resuelto:

—¿Oiga? Soy Guido. Bosatti, sí... He tenido un comprador del pez de ojos de oro. Y me he sentido desagradablemente sorprendido... Parece que esa pieza, la que le regalé a usted, anda por ahí, en alguna mujer pelirroja... Sí, seguro, doctor Franchi, seguro...

Afuera, en la tienda, una figura sigilosa se encaminó a la puerta. Alzó ahora con cuidado la campanilla. El dependiente no había vuelto de la trastienda. Derek Lee salió a la calle, cerró con cuidado, soltó la campanilla cuando apenas quedaba una rendija de puerta... Nadie supo que había estado afuera, escuchando la llamada del orfebre...

Derek Lee contempló la clínica.

Luminosa, radiante casi en la noche. El doctor Franchi tenía un establecimiento tan moderno como pulcro, aséptico, lineal. La luz era deslumbradora en su entrada, en sus ventanales, asomados a la oscuridad exterior, entre jardines frondosos, no lejos de la carretera.

Derek respiró con fuerza, estudiando el edificio de ultramoderna estructura. Miró al cielo, medio estrellado. Había nubes abundantes, pero la noche no parecía presagiar lluvia. Al menos, no todavía.

Entró, decidido, empujando las vidrieras. Cuando menos, tenía una excusa.

—¿El señor Kendall? —preguntó—. Habitación 207...

—Lo siento, señor —respondió la enfermera encargada del registro, cuyo modo de cruzar sus piernas permitía ver sus muslos incluso por encima de la blanca media del uniforme. Le sonrió, insinuante—. El señor Kendall ha sido dado de alta esta misma tarde. Ya abandonó la clínica, acompañado de su enfermera, la

señorita Tessi...

—Vaya, es una grata sorpresa —admitió Derek—. ¿Estaba bien del todo?

—Sus manos, no. Pero él se encontraba animado, pese a todo —la enfermera sacudió la cabeza—. El señor Kendall no volverá a ser escultor. No puede manejar sus manos...

—Sí, me lo temía. —Derek se mordió el labio, y cambió el tema, procurando olvidar a su amigo—. Quisiera ver al doctor Franchi...

—Lo siento. El doctor Franchi no está.

—Parece que esta noche, todo el mundo se puso de acuerdo, ¿no? —sonrió Derek.

—El doctor Franchi tenía cosas que hacer en la ciudad. Unos pacientes ricos, ya entiende usted...

—Sí, ya entiendo. Gracias, de todos modos... —saludó, guiñándole un ojo, y ella cruzó mejor sus piernas. Derek se alejó, sacudiendo la cabeza. Se repitió a sí mismo—: Extrañas enfermeras las de esta clínica...

Salió al jardín. Se detuvo, pensativo. Contempló las ventanas encristaladas, luminosas. Meditó. Bosatti había regalado un ejemplar de su pez de ojos dorados al doctor Franchi. Y éste, se lo regaló, a su vez... ¿a Mónica Rossi, o a la enfermera morena, de ojos y senos excepcionalmente amplios?

Bosatti dijo que sólo un pez podía faltar, pero ¿decía la verdad? Derek creía que demasiada gente estaba mintiendo en todo aquello.

Ni siquiera sabía el nombre de la enfermera exuberante, de cabellos y ojos oscuros, la del colgante con el pez de ojos de oro. Pero podía saberlo. No por medio de la chica de la conserjería, ciertamente.

Rodeó el edificio, pisando con cuidado la gravilla del jardín. Encontró un punto accesible en el muro lateral. Lo escaló hasta una cornisa. Descubrió una ventana abierta. Penetró por ella, resueltamente.

Un paciente dormía apaciblemente allí. Contuvo el aliento. Era un hombre fuerte, maduro, vigoroso. No parecía sufrir trauma alguno, se dijo. La puerta funcionó.

Tuvo el tiempo justo de situarse tras una cortina, junto a la ventana. Una enfermera entró. Era otro de los dignos ejemplares femeninos del doctor Franchi. Una *madonna* digna de un retrato de

Rubens, pero con uniforme blanco, demasiado ceñido a sus formas.

El enfermo abrió los ojos, mirándola. Derek observó el brillo de sus ojos agudos, recorriendo su figura. Ella le indicó:

—Vamos, señor Salmi. Es su hora de sauna...

El sonrió, complacido. Hizo una caricia audaz a la enfermera, y ella rió, mientras le ayudaba a incorporarse y le acompañaba a la salida.

—Vamos, vamos, no se precipite —dijo ella, con voz significativa—. Recuerde: en la clínica, en las habitaciones y corredores, hay que guardar compostura. La sauna es otra cosa... y usted lo sabe.

Salieron. Derek frunció el ceño, al quedarse solo. Había algo raro en todo eso. El paciente no cojeaba, pese a llevar una pierna escayolada.

Se acercó a una percha. Examinó sus documentos, sacándolos del bolsillo de una americana: Pietro Salmi, industrial genovés. Casado. Cuarenta y ocho años. Había documentos sobre la mesilla. Según ellos, padecía fractura de rodilla. Incluso vio una radiografía, confirmándolo, pese a que el individuo caminaba con toda normalidad al salir de allí. Y el informe médico databa de sólo unas escasas fechas...

Creyó entender. Derek Lee salió de la habitación. Avanzó por el pasillo, decidido, como una visita autorizada. Se cruzó con numerosos pacientes, algunos cojeando ahora ostensiblemente. Todos siguiendo un indicador y una flecha: «Sauna. Salas de recuperación».

Cada uno iba allá con su enfermera. Derek entendió.

Regresó hacia el centro del pabellón. Aquel establecimiento clínico era muy particular. Imaginó fácilmente a los industriales y hombres ricos que querían pasar unas fechas alegremente, lejos de sus esposas y familias. Un accidente fingido, una falsa lesión... y la sauna con las enfermeras del doctor Franchi.

—Un lupanar de lujo —dijo entre dientes—. Y enmascarado de clínica...

Fácil y simple. Un gran negocio para un médico desaprensivo. Se cruzó con una enfermera. Le mostró el pez metálico, con una sonrisa.

—Busco a una enfermera con quien estuve hablando antes —

dijo—. Es morena, muy... opulenta. Perdió esto, y deseo entregárselo. No sé su nombre...

La otra enfermera asintió, mirándole fijamente con coquetería. No tenía nada que envidiar a las demás. Franchi sabía elegir su personal, no había duda.

—Oh, es Rossana —declaró la otra—. Rossana Corso. Hoy está de turno arriba, en la última planta, en los quirófanos...

Derek no dijo nada. Hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Se alejó, buscando la escalera. Subió a la planta superior de la clínica del doctor Bruno Franchi.

Unas puertas oscilantes indicaban que estaba prohibido el acceso a toda persona ajena a los servicios médicos de Cirugía de la clínica. Derek Lee hizo caso omiso. Entró, empujando aquellas puertas. Avanzó por un corredor intensamente iluminado, saturado de fuerte olor a desinfectantes.

Allá, al fondo, tras las puertas de un quirófano, unos chanclos de goma, negros y silenciosos, detuvieron sus pasos. Una figura alta, oscura, de negro sobretodo de plástico, se ocultó tras las puertas oscilantes del Quirófano Seis. Unas manos enguantadas se apretaron con fuerza.

Los pasos de Derek sonaron huecos en el largo corredor intensamente iluminado. De la mano enguantada del misterioso intruso del Quirófano Seis, descendía un largo, afilado bisturí que goteaba algo rojo en el linóleo espejeante del suelo...

Tras las gafas de espejo, unos ojos invisibles aguardaban, cautos, alerta...

Derek Lee se aproximaba a su encuentro con el asesino. Los pasos sonaban ya cerca. Dos puertas sonaron, al ser movidas por el visitante, en su búsqueda, quirófano tras quirófano.

Siguió el Quirófano 3. Y el Quirófano 4...

Los dedos enguantados apretaron con furia homicida el bisturí sangrante...

CAPÍTULO VII

Derek Lee se detuvo.

—Quirófano Cinco... —leyó.

Miró alrededor. Siempre pasillos blancos, asépticos, desinfectados. Luz, cruda luz blanca, vertical. Puertas, pulcritud, limpieza Todo brillante, límpido. Y todo sucio por dentro, tras esa apariencia luminosa y nítida.

Quizá incluso el crimen. La sangre. La insania de alguien oculto en la sombra...

Derek Lee empujó despacio los batientes del penúltimo quirófano. Tampoco allí.

Vio la mesa de operaciones, los armarios con instrumental, el gran foco con espejos, suspendido sobre la mesa vacía, blanca... No había dentro otra luz que la que se filtraba del corredor. Y nadie, ciertamente.

Respiró hondo. Sólo quedaba un quirófano por ver. Rossana no estaba en ninguno hasta ahora. La exuberante enfermera de cabellos oscuros, con su colgante del pez de ojos dorados, colgando sobre el pecho, tenía servicio allí. Y no aparecía...

Tal vez hubiera bajado a otra planta. Allí no parecía haber nada especial que hacer, y sería aburrido para una mujer vigilarlo. Sobre todo, a la hora de la inefable sauna ideada por la original terapéutica del doctor Franchi...

El sexto quirófano. El último...

Sin saber por qué, lamentó no tener arma alguna encima. Era algo intuitivo, casi animal. Podía presentir, olfatear el peligro. En alguna parte, no lejos de él...

Empujó la sexta puerta. Asomó al quirófano último...

Descubrió el blanco impoluto, los armarios, la mesa de operaciones... y el rojo violento sobre ella.

Lanzó una imprecación. En ese momento sucedieron dos cosas.

La luz total del quirófano, radiante, deslumbradora, se iluminó. Cayó del techo un raudal perpendicular de luz, derramándose sobre el cuerpo de mujer morena, meridional, con una docena o más de bisturíes clavados en su torso, su cuello, su cintura, su vientre, sus piernas... Todos a través del blanco impoluto, centelleante ahora, enrojecido con violencia por la sangre...

La segunda cosa, fue el asalto de aquel ser oscuro, rápido, preciso y certero. Con el impacto de algo centelleante, húmedo de sangre, contra el rostro mismo de Derek. El joven inglés gritó roncamente, se llevó las manos al rostro, hendido por la hoja de acero afiladísimo. La sangre corrió por sus dedos, le cegó...

Retrocedió, tropicando, el intruso de ropas oscuras le empujó con violencia, derribándole, haciéndole resbalar, patinar sobre el linóleo del pasillo, al saltar veloz a éste, y correr hacia las ventanas asomadas al oscuro jardín:

—¡Al asesino! —aulló Derek, rabioso. Y corrió, medio ciego, la sangre saltando de su hondo tajo en la mejilla, bajo el ojo, hasta quebrar una vidriera y derribar un armario de instrumental, para provocar estruendo en el establecimiento—. ¡Al asesino, pronto...!

Oyó vidrios quebrándose, vio borrosamente una silueta veloz, larga y oscura, perdiéndose por un hueco de ventana. Corrió en aquella dirección, pero la herida de bisturí en el rostro dificultaba las cosas. Sus manos dejaron crispadas huellas escarlata en los impolutos muros, a su paso.

Asomó, sin poder ver nada. Gritó, rabioso, trató de salir, de caminar por la comisa que el criminal en fuga utilizaba ya...

Inútil. Hubo de aferrarse al ventanal para no irse abajo, al jardín situado varios pisos más abajo. No pudo seguir, cegado por la sangre, al asesino en fuga...

Retrocedió, tambaleante, al quirófano, entró en él, se acercó a la figura yacente sobre la mesa de operaciones... Descubrió el rostro moreno de la enfermera, lívido ahora. Era como tener agujas clavadas en el cuerpo. Sólo que no eran agujas, sino bisturíes...

Se echó atrás, después de recorrer, con sus dedos sangrantes, el busto de la mujer sin vida. Nada. Ni cadena ni colgante.

El pez de ojos de oro había desaparecido...

—Desaparecido, sí. El pez, el maldito pez... ¡Y también el asesino!

—Cálmese, Derek, muchacho...

—Calmarme... ¡Calmarme, comisario! —se excitó—. ¡Y lo tuve allí, frente a mí! ¡A menos de dos dedos de mis manos...! ¡Lo dejé escapar...!

—A cualquiera nos hubiera sucedido igual —suspiró Zachary Kendall, agitando sus manos vendadas e inútiles—. Calma, Derek. El comisario tiene razón. Ya no hay remedio. Suerte que no te vació un ojo ese monstruo...

Derek Lee no hizo comentario alguno. Se tocó el esparadrapo, el grueso apósito sobre su mejilla hendida. Pestañeó, bajo la cruda luz del estudio de escultura de su amigo, ahora tan inútil como si fuese un cobertizo abandonado.

—Debimos imaginar algo así —suspiró Adriano Cortesse, malhumorado, sacudiendo la cabeza. Paseó por el estudio—. Esa chica con el pez colgando de su cuello... ¿De dónde diablos lo sacaría?

—Bosetti nombró al doctor Franchi, recuerde...

—Y ahora hemos perdido al doctor Franchi —resopló Cortesse—. Es para volverse loco, pueden creerme...

Siguió sus paseos. Kendall y Lee cambiaron una mirada significativa. En ese momento, sonó el teléfono. Rápido, el policía de San Remo se precipitó sobre el aparato, descolgándolo.

—¿Qué hay? —pidió bruscamente—. Sí, residencia de Zachary Kendall. Soy yo mismo, Cortesse. Hable, Giorgio, le escucho.

Hubo un silencio. Derek y Kendall esperaron sin despegar los labios. Unos cuantos monosílabos hoscos escaparon de boca del policía. Después, colgó, mirándoles con cierta ira.

—¿Alguna novedad? —indagó Kendall.

—Sí, varias. Y ninguna buena. El doctor Franchi no aparece. Tal vez le asustó lo de su clínica, o tal vez escapó, temiendo lo que iba a suceder..., a menos que él no sea el culpable de todo esto.

—¿Franchi? —dudó Zachary Kendall.

—Cualquiera puede serlo. El historial de ese médico es peor de lo imaginado. No sólo había montado un sitio de diversión para casados con fortuna, en su falsa clínica, sino que por medio de recetas, adquiría dosis de drogas para venderlas luego clandestinamente. Un buen pájaro el tal Franchi... Por eso le dio de alta tan pronto, Kendall. Usted era su único paciente real, un

auténtico, accidentado, y podía descubrir el pastel.

—Ya veo. Y apenas ustedes telefonearon, la enfermera Tessi se evaporó —dijo ceñudo el escultor—. Debió asustarse, escuchando por un supletorio, apenas me dio el auricular a mí...

—Sin duda. Pero convendría encontrarla lo antes posible. Su enfermera es muy atractiva, Kendall. Y ahora estará sola. —Cortesse sacudió la cabeza—. No quisiera ver aumentada la lista de víctimas del psicópata...

—¿Cree que también ella puede peligrar? —El tono de Kendall era escéptico.

—Ella... e incluso usted, Kendall. Recuerde que es todavía un testigo que vio al asesino cometiendo un crimen.

—También Derek lo ha visto esta noche —rechazó Kendall.

—Pero él no tuvo ocasión de advertir nada especial. Usted, sí. ¿Ha recordado ya lo que pudo ser?

—Desgraciadamente... no —suspiró Zachary, malhumorado. Se puso sus vendadas, rígidas manos contra las sienes—. ¡Dios, si pudiera caer en la cuenta...!

—Déjelo —cortó el policía—. Pensemos ahora en Franchi. Ese hombre obtuvo un pez de ojos dorados. Se lo regaló a Mónica Rossi, aún no sé por qué.

—Recuerde, comisario: ella era una adicta a las drogas —le citó Lee.

—Cierto. Sin duda era cliente de él —se dio un palmetazo en la frente—. Habrá que investigar en torno a eso.

—Y en torno a los ocupantes de Villa Boccaccio también —le recordó Derek—. Los De Wolf estaban relacionados igualmente con Mónica. ¿Por qué no con el doctor, ya que el negocio de las películas y el de la clínica de tapadillo podían formar parte de un mismo sistema?

—Lo he pensado. Envié agentes a Villa Boccaccio. Está cerrada. Los pájaros también levantaron el vuelo.

—Parece que hemos provocado una desbandada —suspiró Derek Lee—. Pero sin resolver gran cosa... El pájaro más grande aún no remontó el vuelo por completo...

—¿El psicópata de la costa? —Cortesse juró entre dientes—. Si al menos usted hubiera llegado a ver algo, Derek...

—Me encendió de golpe todas las luces del quirófano y me

deslumbró. Lo tenía bien previsto todo. Es hombre de rápidas decisiones, comisario. Luego, me hirió para inutilizarme. Y escapó por algún canalón de desagüe, deslizándose al jardín y de allí al exterior.

—Al menos, algo saben seguro —señaló Kendall—. El asesino loco no era ese *play boy* del remolque, el tal Sandro Frida...

—No, no era él. Quisieron hacerlo aparecer así, pero las circunstancias han obligado al asesino a descargar nuevamente su golpe. Es obvio que la enfermera Corso sabía más de la cuenta...

—Una vez vi a ese Frida —suspiró Kendall, pensativo—. Cortejaba a todas las mujeres turistas, sobre todo las extranjeras. Lo intentó también con Virginia y, naturalmente, ella se mofó de él... De haber sido él... creo que hubiera advertido su cojera en aquel asesinato del bosque, comisario.

—Sí, no se me ocurrió eso. Pero como habló usted de algo especial, familiar, extraño... pensé que pudiera ser su cojera.

—No, no era eso. El individuo se alejó de prisa. No creo que cojease en absoluto. Aunque eso se hubiera podido fingir, de querer culpar a Frida de algo.

—Olvide el asunto, Kendall. Frida no fue culpable, sino víctima también. Algo debía de saber para firmar su propia sentencia de muerte...

—Además... tenía una copia del pez, en escayola —dijo bruscamente Derek Lee.

Kendall y Cortesse se sobresaltaron, mirándole fijamente.

—Eso es cierto —el policía de San Remo volvió sus ojos a Kendall—. ¿Se explica eso?

—No muy bien. —Zachary arrugó el ceño—. Quizá merodeó por aquí algún día... y vio la escultura del pez... Fue obra de Virginia y mía. Pero sobre un boceto de ella...

—Es un ejemplar curioso ese pez —dijo Derek—. Virginia había mejorado mucho como diseñadora, ¿no crees, Zachary?

—Es lo que yo pensé al ver su dibujo. Le pregunté de dónde le venía la idea...

—¿Qué te dijo?

—Que lo había visto en alguna parte, no sabía dónde, y le gustó. De memoria, hizo una copia, algo parecido. Me gustó, e iniciamos la escultura.

—¿Y ella la vendió a Bosatti, el orfebre?

—No, no creo que Virginia hiciera tal cosa —rechazó Kendall—. Me lo hubiera dicho a mí, Derek, tú lo sabes...

—¿Sabe una cosa, señor Kendall?

—¿Sí? —Se volvió el inglés hacia el policía, que era quien había hablado—. ¿Cuál, comisario Cortesse?

—Estuve esta tarde en San Remo, hablando con el doctor Guarneri. Es un psiquiatra, ¿sabe?

—Oh, entiendo. Un psiquiatra. ¿Qué le dijo él?

—Algo curioso —sonrió el policía—. Que ese boceto del pez... parecía obra de un loco, de un maníaco.

—¿Cómo? —saltó Kendall, asombrado.

—Lo afirmé, basándose en ciertas teorías psicoanalíticas que no le discutí. Yo he estudiado Psicología, no Psicoanálisis, pero lo cierto es que noté siempre algo raro en ese pez, y quise saber lo que era.

—De ser así... mi esposa estaría loca. —Kendall sacudió la cabeza—. No, no. Virginia era una mujer completamente equilibrada. Derek, tú la conociste...

—Es cierto, comisario. La última persona capaz de ocultar una tarea mental, sería Virginia Kendall —corroboró Lee, pensativo.

—La demencia se oculta a veces demasiado bien. Tanto, que nadie la sospecha. Pero yo no acusé nunca a la señora Kendall de ser una enferma mental. Sólo les hice ver eso, para que comprendan que ella no dijo la verdad. Alguien aquí, en este lugar, le dio la idea del diseño de ese extraño pez..., y ella la aceptó, prometiendo no decir ruda. Luego, el autor del dibujo tuvo miedo... y tal vez intentó matar dos pájaros de un solo tiro.

—¿Quiere decir qué...? —Algo pálido, Zachary Kendall se irguió, volviendo a caer en su asiento porque no le fue posible apoyarse en sus manos rígidas e inermes—. ¿Que el accidente de automóvil, comisario Cortesse?

—¿Pudo ser para matar a los dos? —El policía de San Remo asintió—. Sí, mi querido señor Kendall, sí. Eso quise dar a entender...

Estaba asustada.

Terriblemente asustada. Como nunca lo estuvo antes de ahora.

Giró la cabeza, dejando de hacer el equipaje, su reducido

equipaje, presurosamente metido en el maletín liviano, abierto sobre el lecho.

Miró al reloj de la habitación del *bungalow* playero, situado al borde de la arena, en donde pocos días antes todo era bullicio, animación, turismo tostándose al sol...

Claro que ahora no era hora de sol. Ni tampoco de bullicio. Ya no había luces, música, vehículos y ruido en derredor. Era setiembre. Un lluvioso, feo setiembre, salpicado de crímenes, de horror, de sangre...

Eleonora Tessi comprobó la hora de su propio reloj de pulsera; las tres de la madrugada casi. Tenía tiempo de ir a tomar aquel tren, de irse lejos, de coger luego un avión, o lo que fuese. Alejarse de la Riviera, de la zona del terror. Aún era tiempo. Nadie sabía de aquel *bungalow* suyo, alquilado mucho tiempo atrás, a principios del verano, antes de que el doctor Franchi, la utilizara en su próspero negocio de la clínica donde los falsos pacientes disponían de horas libres, de coartada, de chicas atractivas... Todo conforme a la tarifa, claro.

Eleonora se sobresaltó cuando la pequeña radio a transistores de su mesilla dejó de emitir música, y el locutor inició otro boletín de noticias de madrugada. Pronto saltaron a las ondas los nombres y hechos que tanto temía escuchar:

«... Y según nos informan a última hora las autoridades, el doctor Bruno Franchi ha desaparecido sin dejar rastro, tras el asesinato de la enfermera Rossana Corso, ocurrido en su clínica, y descubriéndose entonces por la policía que dicha clínica era en realidad un lugar de mala nota, donde el desaprensivo médico traficaba en drogas y en un insospechado medio de prosti...»

Cerró la radio, con desesperación. Los caminos se cerraban. Ya lo sabían todo. O casi todo. Pero ése no era el peor lado del asunto. Lo peor... estaba por saberse. Y ella..., ella sabía algo. Ella poseía algo...

Se encaminó a, por su portafolios. Lo abrió, nerviosamente. Tiró por doquier radiografías, impresos con el membrete de la clínica Franchi, un termómetro, una jeringuilla hipodérmica, una caja de inyectables...

Extrajo una última radiografía. O, cuando menos, así decía el sobre.

Un sobre de papel manila, con membrete de la clínica, Sección de Rayos X...

Abrió el sobre. No era ninguna radiografía lo que contenía. Era un dibujo. Un dibujo hecho al carbón, sobre un grueso papel granulado.

Un boceto.

El boceto de un pez, extraño y deforme...

El pez de los ojos de oro.

Volvió a meter el boceto en su sobre. Introdujo éste entre sus ropas revueltas, dentro de la maleta. Era su arma. Su única arma contra el asesino. La que podía salvaguardar su vida.

Miró en torno. No; él no podía encontrarla allí. El psicópata de la costa ignoraba la existencia de aquel *bungalow*, ignoraba que ella lo tuviese arrendado... No podía haber visto su pequeña llave, la que sirviera para cerrar la puerta del pequeño recinto playero, de una sola planta, rodeado por una cerca, junto a la arena... entre una hilera de otros varios para arrendamiento veraniego. Estaba a salvo allí...

Terminó de hacer la maleta. La cerró, dificultosamente a causa de los nervios. Luego, se encaminó al dormitorio. Apagó la luz. Se dispuso a hacer lo mismo con la del *living*, antes de abandonar definitivamente el *bungalow*.

Eleonora Tessi abrió la puerta, tras escuchar, con el corazón latándole apresuradamente. Nadie afuera. Nadie cerca. Ni un ruido. La carretera pasaba a alguna distancia. Podía oír solamente el lejano zumbido de los motores de automóvil, en la madrugada. Y el rumor del suave oleaje nocturno, atrás, en la playa, donde se alineaban los parasoles de colores, ya inútiles, en la ausencia de turistas...

Salió del *bungalow*. El aire era húmedo, algo frío. Al fondo, ramalazos de luz marcaban el paso veloz de los automóviles por la carretera. Había luces cercanas, de un aprovisionamiento de gasolina. Y allá, muy lejos, en el litoral, una de las poblaciones de la Riviera, con su festón de luces reflejándose en el mar.

Había dejado su coche parado frente a la casa. A la espera. Partiría en seguida, sin esperar a más. Avanzó hacia él.

De repente, se paró en seco. El corazón le dio un vuelco...

Ahora había dos automóviles.

Otro esperaba, oscuro y al parecer desierto, algo más allá del suyo. Cosa rara, parecía cerrar la salida a su propio automóvil...

Sintió un frío sudor helado, empapando su rostro, sus manos. Le temblaron las piernas. Angustiada, miró atrás. A la oscuridad, a la forma del *bungalow*, a la playa en sombras, al mar que le cerraba toda salida...

Quizá alguien aparcó allí, sin darse cuenta. Algún vecino, algún viajero... No tenía por qué significar nada especial. No podía ser nada especial...

Tragó saliva. Sus ojos dilatados miraban a la oscuridad. Siguió adelante, hacia el coche... Llegó hasta él, sin que nada sucediera. Tomó sus llaves. Estaba tan nerviosa, que se cayeron de su mano. Se agachó a recogerlas. Las tomó del suelo arenoso. Empezó a incorporarse...

Entonces vio las piernas ante ella. Y los chanclos negros, brillantes. Exhaló un agudo grito de terror. Se irguió, se echó atrás...

Los faldones del impermeable negro, de plástico, el sombrero arrugado sobre la faz... Las gafas espejeantes, las sombras en el rostro... Las manos enguantadas, que ella miró, como fascinada. Ni siquiera empuñaban arma alguna. Aun así, su terror no tuvo límites.

—No, no... —sollozó—. ¡Nooooo...!

Las manos enguantadas de negro avanzaron hacia ella. Unos coches lejanos se reflejaron, fugaces, en los dos espejos montados en oro. Eleonora retrocedió con un alarido, tiró su maletín bruscamente, contra el rostro del asesino...

Luego, echó a correr. De sus dedos escaparon las llaves otra vez. Ya no podía entrar en su automóvil. Aun así, le hubiera sido imposible huir...

La playa... Era su única posibilidad. La única...

Corrió, tirando lejos de ella sus zapatos, avanzando descalza, sobre la blanda arena, más allá de la hilera de *bungalows*. El suelo, pesado y fofo, cedía a sus pisadas, se le hundían las piernas, dificultando su marcha.

Tras ella, la siniestra sombra oscura, flotante su larga prenda negra, corría a la desesperada, para darle alcance inexorablemente...

Eleonora, la enfermera de Zachary Kendall, en su afán por

escapar a su trágica suerte, sacaba fuerzas de flaqueza. Alcanzó la orilla, corrió por la arena mojada, con mayor celeridad, jadeante, agotándose por momentos en aquella fuga alucinante.

Y siempre en pos de ella aquel espectro sanguinario, el psicópata de la costa...

Tropezó, cayó, dio una voltereta entre agua y arena, se incorporó, viendo siluetada borrosamente la larga figura siniestra de su perseguidor. Continuó la carrera, jadeante, cada vez más cerca del agotamiento final, definitivo.

—¡Yo lo sé! —chillaba—. ¡Yo lo sé! ¡El boceto, el pez...! ¡Loco, loco! ¡Está loco...! ¡Asesino...!

A pesar del rumor del agua en la orilla, él debía de oírla. Y eso no hacía sino firmar su sentencia de muerte, cada vez con mayor seguridad.

—¡Tengo el boceto, tengo el boceto! —gritaba histérica, inútilmente, en el paroxismo de su terror—. ¡Lo tengo y todo el mundo sabrá la verdad! ¡La verdad de la turista belga, de Sandro Frida, de Rossana, de todas las demás...!

Y todo era estéril. Incluso perjudicial. Agotaba su aliento, sus energías, a medida que gritaba y gritaba, como una demente bajo la madrugada nubosa.

Allá, bastante lejos aún, unas luces, unas canoas en hilera... Un club náutico, un lugar habitado... Pero nunca llegaría a él. Nunca. Era demasiado lejos, pese a su proximidad. Demasiado lejos para ella...

Perdió aliento, fuerza, energías. Todo. Y equilibrio también. Cayó, dando una voltereta. Se hundió su cuerpo en la arena, tragó agua salobre de una ola mansa... Se ahogó, tosiendo.

Cuando forcejeó, intentando incorporarse... ya era todo inútil.

El asesino estaba allí. Junto a ella. Sobre ella. Se vio, como prisionera, entre las piernas firmemente asentadas en la arena, mojándose los chanclos, hundidos en la espuma de mar y en la arena...

Sus ojos desorbitados vieron inclinarse a la figura que parecía gigantesca. Vieron un reflejo difuso en los lentes de vidrio de espejo... Vieron las manos. Las manos engarfiadas, de negros guantes. Las manos criminales, a punto de destruir otra vida. A punto de matar, una vez más, a una mujer aterrorizada y solitaria...

El alarido de Eleonora Tessi, en la madrugada playera, fue largo y estridente. Se ahogó por fin, en un estertor.

Luego, hubo silencio en la playa. El oleaje susurró mansamente sobre la arena...

Alrededor, los parasoles eran como mudos fantasmas rígidos, testigos inanimados de un nuevo crimen.

CAPÍTULO VIII

—Pudo haberle matado...

Derek Lee se tocó la mejilla, sobre el esparadrapo. Asintió, distraído.

—Sí, pudo haberlo hecho. Pero tenía demasiada prisa para asegurar el golpe. Le bastó con escabullirse.

Marina Vetri suspiró, contemplando el mar en la mañana. Había pocas nubes ahora. La aurora tenía matices rosados en el azul. Había barcas de pescadores en la distancia. Y algunos balandros iniciando una jornada deportiva en alta mar.

—¿Por qué se ha metido en esto, Lee? —quiso saber.

—Tenía que hacerlo. Demostraré mi inocencia sin lugar a dudas cuando Cortesse sepa quién cometió los crímenes.

—¿Lo saben ya? ¿Fue Franchi, tal vez?

—No, no sabemos si fue Franchi. Pero ya no soy yo el primer sospechoso, y casi el único. Tenía que colaborar con la policía. A veces, un aficionado llega más lejos.

—O muere antes violentamente.

—Era uno de los riesgos a correr —sonrió Derek—. Tuve suerte, eso es todo.

Marina se incorporó, dejando de sentarse en la barandilla del Centro Náutico. Paseó por el sendero de baldosas, que bordeaba la playa, en torno al club náutico. Encima de ellos, una escalera de piedra conducía al Acuario. La luz del amanecer se reflejaba en las vidrieras del edificio destinado a Acuariuma.

—¿Va a quedarse algún tiempo aquí? —quiso saber ella.

—Depende de muchas cosas. De Zachary, de este asunto... Cuando menos, haré compañía unos días a mi amigo. Creo que la necesita más que nunca, ahora que está solo.

—Sí, creo que sí. Ellos eran felices. Yo vi cómo se querían. Un matrimonio dichoso, unido... Usted lo sabrá mejor que yo, Lee,

puesto que era amigo de ambos.

—Sí, también en Inglaterra eran una pareja feliz. Ha sido terrible perder así a Virginia. Pero pienso como Cortesse. En realidad, el golpe del asesino no iba dirigido solo a él, sino también a ella.

—Pero ¿por qué?

—El boceto... Cortesse habló con un psiquiatra. Opina que es obra de un maniático, de un enfermo mental.

—¿Puede saberse eso, examinando un simple dibujo? —se sorprendió Marina.

—Los psiquiatras, cuando menos, creen, que sí.

—Pero ellos dos crearon ese diseño, ¿no? Me refiero al pez...

—Hay sus dudas. Zachary no fue. Virginia creo que tampoco, aunque dijo que era cosa suya. Por eso estorbaba a alguien. Por alguna razón, el autor del dibujo se lo prestó, sin esperar que ella creara esa figura. Luego, tuvo miedo y quiso silenciar a los dos. No es una explicación disparatada.

—Todo esto es disparatado —musitó ella—. Como dijo ese policía de San Remo; hay demasiados peces en todo el asunto.

—Supongo que terminará odiándolos —sonrió Lee. Señaló al acuario—. Peces allí, peces ahora...

—Es diferente. Los de papá son inofensivos, al menos tras su cristal de la pecera. Se dejan alimentar y divierten a los visitantes, eso es todo.

—Su padre es un entusiasta de ellos, ¿no?

—Sin duda. Forman parte de su propia vida. No sólo cuida de ellos, sino que tiene su propio museo.

—¿Museo? —Derek enarcó las cejas—. ¿Un Museo piscícola?

—Sí. Fotografías, reproducciones, ejemplares raros, ilustraciones de libros... Colecciona todo lo que se publica sobre peces, esté seguro.

—Me gustaría ver ese museo suyo.

—No encontrará en él ningún pez de ojos de oro, esté seguro —rió ella—. Aunque...

—¿Qué? —Lee la miró, con interés, ante su transición.

—No, nada. —Marina sacudió la cabeza, indecisa—. Fue una tontería, claro.

—¿Qué es lo que fue una tontería?

—Hablar de todo eso y pensar que yo...

—Que usted, qué, Marina —insistió Derek Lee.

—Que yo había visto en alguna parte, antes de ahora, un pez de ojos dorados y forma rara. Naturalmente, no puede ser cierto.

—Piénselo bien. —Derek sacó del bolsillo el ejemplar que obtuviera del orfebre Bosatti el día anterior. Se lo mostró—. ¿Cree, realmente, haberlo visto alguna vez, antes de este desdichado asunto, Marina?

—No sé... —Hizo un gesto de indecisión—. Ha llegado a obsesionarme tanto esa imagen, que no logró centrar mis recuerdos. Es como si lo conociera ya de toda mi vida, desgraciadamente. Pero cuando pienso en..., en la primera vez que lo vi, en el estudio de los Kendall..., creo recordar que... me resultó familiar por algo...

—¿Existe algún ejemplar parecido, entre la fauna marina que cuida su padre?

—Cielos, no. Los hay feos pero no tanto —rió ella de buena gana.

Pasearon en silencio por la playa. Derek Lee la miró de soslayo. Así tal como iba ella aquella mañana, con sus pantalones cortos sobre los muslos bien torneados, color bronce suave, con su camisa amplia, por fuera, de estampado alegre, resultaba realmente deliciosa su figura juvenil, plena de atractivo y vitalidad.

—¿Tiene novio?

—¿Eh? —Ella pareció sobresaltada, al pillarle por sorpresa la pregunta del joven inglés—. Oh, no, no tengo novio... A papá no le gustaría...

—Toaos los padres son egoístas. Especialmente, si son viudos y tienen hija única...

—Soy feliz con papá. Además... no me ha salido ningún muchacho con intenciones serias todavía. Mucho turista y veraneante me corteja, pero no acepté nunca a ninguno. No son cosas serias, ¿comprende?

—Comprendo. —Derek inclinó la cabeza—. Yo soy turista. Extranjero, aunque no un veraneante, a estas alturas. Sabe usted que hago auto-stop, que me gusta ser trotamundos e independiente... y la primera noticia que tuvo de mí no resultó muy edificante: el motel, la muchacha del coche rojo...

—Por Dios, no hable de eso. No soy quién para juzgar a los

demás. Aquí se ven tantas cosas...

—De todos modos, no me juzgue mal. No soy tan pésimo muchacho.

—¿Quién dijo que lo fuera? Yo no le juzgo mal —se detuvo, mirándole curiosa, con sus ojos risueños y limpios.

—Somos personas diferentes. Hará bien en no creer que soy un hombre adecuado para usted, pero no puedo evitar que..., que usted me guste... y sienta algo especial por usted.

—Vaya... —Marina Vetri sonrió—. ¿Eso es una declaración formal?

—No sé. Nunca hice ninguna.

—¿Ni en Inglaterra? —se burló ella.

—Ni en Inglaterra. No me creerá, ya lo sé, pero es la verdad.

—Es usted, muy suspicaz. ¿Piensa siempre que los demás no le creen?

—Casi siempre —aceptó Derek, riendo.

—Exagera. Yo le creí... incluso cuando declaró ser inocente.

—¿De veras? —La miró, sorprendido. Sus ojos penetrantes revelaron gratitud y simpatía—. No hay duda de que usted es una gran chica, Marina. Hará bien en olvidar a este vagabundo inglés. Elija a un muchacho de su país, serio y formal, y cásese con él.

—¿Ya vuelve con esas cosas? —Ella sonrió, moviendo la cabeza. Entornó los ojos y se aproximó a él. Le miró muy fijamente. Con rara intensidad que Derek no había captado antes de ahora en sus bellas pupilas—. Está muy equivocado, Derek. Es posible que no quiera a un muchacho italiano, serio y formal. Es posible que no haya pensado en casarme con nadie de por aquí... sino con un inglés trotamundos, autostopista, y muy atractivo para las automovilistas solitarias... y también para las muchachas que viven con sus padres.

—Marina... No..., no estará hablando en serio... —balbució él.

—¿No? —Marina Vetri amplió su sonrisa. Inesperadamente se inclinó. Besó su boca. Y se echó atrás, risueña, con un centelleo en sus ojos, palpitante su seno juvenil—. ¿Por qué no, Derek, si pienso en ti día y noche desde que te lié conocido... y sueño que te amo y que tú me amas?

—Marina...

La tomó en sus brazos. La atrajo hacia sí. Buscó sus labios. Y los

encontró...

—¡Marina!

El encanto se quebró: Separándose ambos, con sobresalto. Derek alzó los ojos. Vio al hombre fornido en la escalera que conducía al Acuario.

Les contemplaba con fijeza, fría, agresivamente casi. Su rostro aparecía enrojecido de ira. Marina, cohibida, se echó atrás, eludiendo la mirada paterna.

—*Signare Vetri*, yo tuve la culpa de...— comenzó Derek Lee, humilde.

—¡Cállese, joven vagabundo! —le cortó con aspereza Vetri—. Sé que tuvo que ser suya la culpa. Marina no haría una cosa así. Usted es el mozo de ese motel donde asesinaron a una fulana que le hacía compañía; ¿no es cierto?

—Papá, por favor... —terció Marina—. Sé todo eso, pero no me importa que Derek...

—Tú no te metas en esto. Es cosa de hombres. Mía y de ese joven extranjero sobre el que incluso recayeron sospechas de ser el asesino de la costa. ¿Sabes tú acaso, Marina, si no es ese psicópata criminal que tiene aterrorizada a toda la Riviera?

—Papá; yo bien sé que Derek no puede ser nada de...

—Tú sabes... ¡Tú sabes! —Furioso, Rocco Vetri agitó un recio puño, amenazador—. ¡No sabes nada de nada, necia! ¡Ese extranjero con aire de vagabundo desaharrapado, puede ser un loco peligroso, un criminal nato..., y tú te dejas acompañar por él, a solas por una playa, cuando nadie puede ayudarte, si él llegara a atacarte...! Marina, ve a casa. No quiero volverte a: ver con ese hombre bajo ningún pretexto, ¿me entiendes?

—Papá, yo...

—¡Vete de una vez! Eres aún muy niña para dejarte guiar por tus impulsos. En cuanto a usted, jovenzuelo, espero no verle más por aquí. No es persona, grata a mi vista, ni creo que lo fuese a los socios del Club o a la Dirección del Centro Náutico, de modo que será mejor que se vuelva con sus fulanas a cualquier motel, y se olvide de mi hija para siempre. Buenos días.

Dio media vuelta. Marina, ahogando un sollozo, corría ya escaleras arriba, hacia la vivienda del cuidador de peces. Derek,

pensativo, contrariado, siguió a la muchacha con la mirada. Luego, estudió sin rencor las anchas espaldas de Rocco Vetri, el veterano cuidador de los peces del Acuario.

Meneó la cabeza, pensativo. Hundió las manos en los bolsillos. Y echó a andar, playa adelante, alejándose hacia los grupos alineados de parasoles de los hoteles y residencias veraniegas, ahora desprovistos de bañistas.

—Obstinado Vetri... —masculó—. Todos los padres son igual...

Se fue alejando del Centro Náutico, del Acuario. Y de Marina. No podía apartarla de sus pensamientos. Aún quemaba algo en sus labios; el beso cálido e intenso de la muchacha.

Miró atrás. Ya no se veía a ninguno de ellos. Siguió caminando por la arena, distraído, malhumorado, tratando de relajar sus nervios tras la desagradable escena con el padre de la joven.

Caminó bastante. Empezó a recorrer zonas de parasoles fijos y otros portátiles, pertenecientes a un hotel residencia que había empezado ya a cerrar su temporada estival. Todo ofrecía un aire triste y desapacible, pese a que la mañana no era mala del todo, y prometía cuando menos, un día sin lluvia.

Se detuvo, curioso. Al menos sí había una bañista. Y bien formada, por cierto.

Vio las piernas desnudas, al sol del amanecer púrpura del Mediterráneo. Era todo lo que adivinaba a ver, tras el amplio parasol de topos de colores que le cubría. Caminó en esa dirección. Saldría después a la carretera, y regresaría con Kendall y con el comisario Cortesse.

Fue acercándose más y más a la bañista solitaria. Tenía unas bien formadas pantorrillas, unos firmes muslos... El *slip* asomó bajo el parasol. Parecía más una prenda interior que una pieza de baño.

Llegó a su altura. Descubrió su vientre, su abdomen sin demasiado color, para ser una bañista tan asidua...

Luego, el corpiño que cubría su torso. No, no era un bañador de dos piezas. Eran, simplemente, dos prendas interiores de tejido azul. Y ella...

Ella era Eleonora Tessi, la enfermera del doctor Franchi, la enfermera asignada a Zachary Kendall...

Se inclinó, con una imprecación, bajo el toldo circular del parasol.

Un escalofrío subió por su columna vertebral y erizó los cabellos de su nuca.

—Es horrible... —musitó, la vista fija en aquella mirada vidriosa, desorbitada, en aquella boca crispada con la mueca de la muerte, sobre un rostro ceniciento y verto.

Con ser espantoso todo eso, lo eran más los demás detalles. El rojo violento en su piel helada, en la arena, en sus ropas desgarradas, amontonadas malévolamente junto al cuerpo sin vida...

Lo peor era el parasol. El parasol de barra metálica, puntiaguda, punzante como una lanza gruesa.

Y como una lanza había sido clavado, ensartando la garganta de la enfermera, clavándola virtualmente en la arena a través de su cuello, como una mariposa hendida por un alfiler...

La ambulancia se alejó, ululando, por la carretera, camino de la Morgue de San Remo. Derek Lee, pálido todavía, cambió una mirada convulsa con el comisario Adriano Cortesse.

—¿Cuándo? —jadeó—. ¿Cuándo va a terminar esta pesadilla?

—No sé —el policía se encogió de hombros, ceñudo, ensombrecido—. Quisiera tener una respuesta para eso. ¿La tiene usted, Lee?

—¡Yo no soy la policía, comisario!

—Yo, sí. Y estoy tan a oscuras como usted mismo, muchacho —confesó lealmente el comisario Cortesse.

Hubo un silencio. Derek inclinó la cabeza. Se excusó ahogadamente:

—Perdone, No quise decirle eso. Entiendo lo que siente...

—Yo también entiendo lo que siente usted, muchacho. Estamos todos nerviosos, fuera de nosotros mismos. Y es comprensible. Esto pasa ya de la raya. Lo malo es que no sé cómo detener la orgía de sangre. Esta vez, ni siquiera hay un pez por medio...

—El significado de ese pez está presente en todos los crímenes, comisario. Empiezo a pensar que el psiquiatra de San Remo tiene razón. Es la obra de un demente. De un ser abominable, monstruoso...

—De eso no hay duda. Lo que cuenta es: ¿quién dibujó el pez? ¿El asesino mismo?

—Me pregunto si alguna vez llegaremos a saberlo, comisario...

—Juraría que el asesino está empezando a perder la serenidad. Mata con demasiada precipitación, con premura incluso. Como si no tuviera más remedio que matar. Rodea sus crímenes de la misma atmósfera delirante, enfermiza. Pero mata por alguna razón, no por ensañamiento tan sólo, con una mujer solitaria...

—¿Qué le hace suponer eso?

—El *bungalow* que alquilara Eleonora Tessi en la playa. Lo hemos encontrado y registrado. Ella hizo su equipaje con prisas. Huía. No sé si de Franchi, del asesino... o de ambos a la vez, si es que no son la misma persona, cosa harto posible. Hemos hallado su maletín en el exterior, reventada la cerradura, vaciado con prisas, con agobios incluso. Como si el asesino buscara algo... Algo que se llevó de dentro de un sobre de papel manila...

—¿Está seguro de eso?

—Sí —suspiró el comisario—. Creo estarlo. Había otros sobres con radiografías y cosas así. Todos contienen algo..., menos uno. Uno que estaba vacío. Lo hice enviar al laboratorio, para su examen. Espero noticias. Iremos a casa de Kendall y luego a mi oficina en la ciudad, a esperar informes. Sabremos si contenía realmente una radiografía u otra cosa. El sobre aparece manchado con algo parecido a tiza negra, a carboncillo acaso...

—Carboncillo... —Derek Lee se irguió, en tensión—. ¿Un... un boceto acaso?

—Acaso —convino, enigmáticamente, el policía de San Remo.

—Un boceto... —Kendall asintió, interesado—. Sí. Puede que ella llevase uno. Estuvo en casa, conmigo, algún tiempo, antes de desaparecer, cuando salimos de la clínica. Pero no sabía que Virginia conservara boceto alguno entre sus cosas. Todo lo de mi esposa se halla en aquel armario, intacto... Si quieren revisarlo...

—Gracias, Kendall —asintió el policía—. Lo examinaremos. Es posible que ella supiera algo de ese pez, de quién se lo dio dibujado a su esposa... y tomó el boceto original. En cuyo caso... no hizo sino atraer sobre sí la ira del asesino.

—Pero ¿cómo pudo saber el asesino que ella poseía ese dibujo? —dudó Zachary, vacilante.

—Acaso cometió un error. Una llamada, una amenaza... Pensaría que así se protegía... y lo que hizo fue firmar su sentencia

de muerte, Zachary. —Derek suspiró, meneando la cabeza—. ¿Puedo telefonar desde aquí a alguien?

—Claro —le señaló el teléfono—. Utiliza ése, si quieres.

—Bueno, es... algo íntimo, confidencial... —Le guiñó un ojo Derek—. Con una chica, ¿entiendes?

—Oh, entiendo. —Zachary asintió, sonriente. Señaló a lo alto. El comisario, al fondo del estudio, se enfrascaba ya en la tarea de revisar los papeles de Virginia Kendall—. Ve arriba. Nadie te importunará. Ni escucharán tu charla..., a menos que hayan interferido la línea fuera de esta casa, cosa que no creo.

—No, yo tampoco. Bajo en seguida, Zachary. Y gracias...

Subió a la planta alta. Pidió a información el número del Centro Náutico. Llamó, pidiendo por Marina Vetry, en el acuario.

Hubo una breve pausa. Esperó. Luego, en vez de la temida voz paterna, la suave, confidencial y cálida de ella. De Marina...

—¿Quién llama? —susurró, en voz no muy alta.

—Derek —dijo él, sonriente.

—Oh, Derek, tú... Papá está con sus peces. Menos mal... Debes perdonar que él...

—No seas tonta. Está perdonado todo. No sufras por ello. Comprendo a tu padre. Ahora deseo hablarte de otra cosa. Y brevemente. Es importante, Marina. Ha habido otro asesinato.

—¡Oh, no...!

—En la playa. La enfermera desaparecida. Un crimen horrible. Cuídate mucho. No vayas sola, no te fíes de nadie. Y escucha esto: parece que la mataron por el boceto del pez. ¿No has pensado más en lo que me dijiste sobre la posibilidad de...?

—Sí, Derek —le interrumpió ella—. Lo he pensado. Y mucho.

—¿Y...?

—Creo recordar algo. Realmente, vi ese boceto. En alguna parte, estoy segura.

—Bien... —Derek contuvo su nerviosismo—. ¿Recuerdas dónde?

—No, no. Pero tal vez entre los dibujos y grabados de papá, en su museo... Espera, me parece que vuelve. Escucha, Derek. Cuando se ausente esta tarde, a última hora, tras dar de comer a sus peces... iré a su museo. Buscaré. Si hallo algo... te llamaré. ¿Conforme?

—Conforme. Llama a la oficina del comisario Cortesse. Esperaré allí. Y recuerda: cuídate mucho, Marina...

—Te quiero, Derek —musitó ella, junto al micrófono.

—Te amo, pequeña —respondió él, en un murmullo.

Colgó, regresando abajo. El comisario terminaba ya su búsqueda, con gesto de desaliento. Era obvio que no tuvo resultado. Zachary, con sus manos rígidas e inútiles encima de sus rodillas, contemplaba abstraído sus esculturas, los restos del pez roto, el jardín vacío...

—Nada —dijo el policía, defraudado—. Como yo esperaba...

—Y yo también, por desgracia —asintió Zachary Kendall—. Lo cierto es que nunca volví a ver ese boceto, y cuando lo vi no le di gran importancia, salvo por su valor artístico...

—Ahora tiene otro valor muy diferente, amigo Kendall —suspiró el policía de San Remo, con aspecto grave, taciturno—. El del motivo, retorcido e increíble, de una serie de crímenes espantosos... ¿Vamos, Derek?

—Sí, comisario, vamos —puso su mano Lee en el hombro de su amigo—. Te veré a la noche, Zachary.

—Conforme, Derek —sonrió su amigo, agitando una de sus manos inútiles—. Hasta luego. Y suerte...

—Suerte —refunfuñó el comisario—. Nos tiene olvidados del todo esa dama...

CAPÍTULO IX

Marina Vetri respiró con alivio.

La puerta acababa de cerrarse. Su padre se había marchado. Ella se quedaba sola en el acuario, al menos durante un par de horas, mientras él trabajaba en otro lado del Centro Náutico.

Era tiempo suficiente. Al menos, esperaba que lo fuese...

Tomó las llaves de su padre, del almacén de herramientas y alimento para los peces. Luego, echó a andar, a través de los corredores iluminados brillante, crudamente, por el intenso azul de las peceras empotradas en los muros. Contempló los familiares ejemplares marinos como si fuesen desconocidos amenazadores y siniestros, espíándola tras los gruesos vidrios.

A tanto había llegado la psicosis de aquel extraño pez de ojos dorados...

Fue pasando ante unos y otros, en el hueco silencio del recinto, extrañamente callado ahora, aunque el mundo de los peces fuese siempre de silencio, y las criaturas marinas no emitieran sonidos audibles en los pasillos del acuario.

De súbito, el acuario y sus corredores, los muros de vidrio iluminado, los cuerpos de colores y los redondos ojos, habían empezado a cobrar una nueva y estremecedora dimensión, como un elemento de terror absurdo pero electrizante.

Se movió con rapidez, aprensivamente. Dejó atrás toda la fauna en exhibición. Abrió una puerta. Subió una escalerilla crudamente iluminada. Pisó arriba, por una planta salpicada de compuertas de vidrio con respiraderos, por las que arrojaba su padre el alimento a los peces, a las horas habituales de cada jornada.

Eran los bastidores del acuario, el lugar de trabajo de quien cuidaba del buen estado y alimentación de los peces, del bombeo y limpieza de las aguas, de su temperatura... Pasó por todo eso, bajo las luces verticales, hacia una puerta que abrió con llave, entrando

en una amplia estancia, que iluminó. La claridad reveló muros con cuadros enmarcados, reproducciones de peces en metal, en grabados antiguos, en figuras, en recortes... Un auténtico museo de la fauna marina.

Y allí, sobre varias mesas y estantes, colecciones de grabados, fotografías, dibujos, láminas, cuadros, reproducciones, estampas, libros de fauna marina...

Marina no cerró tras de sí la puerta del museo de su padre. Sencillamente, la dejó entornada.

Abajo, en los corredores del acuario, los peces corrieron intrigados, pegando sus redondos ojos, con asombro, en los grandes vidrios iluminados.

Contemplaban el pasillo. Y en éste, la nueva e inesperada visita, a horas fuera de rutina.

La visita de un hombre de largo impermeable negro, de chanclos de goma, de sombrero caído, de manos enguantadas, de ojos invisibles, velados por los espejos de sus vidrios, montados en oro...

Aquel rostro, ante el juego de luz y color de los acuarios, ante los movimientos nerviosos de los peces por doquier, se crispó, en una mueca insana de odio, de aversión, de fría y despiadada crueldad...

Los chanclos pisaron, sigilosos, sin el menor ruido. Buscando... Buscando a Marina Vetri por el luminoso dédalo de grandes vitrinas piscícolas...

Marina Vetri lanzó una ahogada imprecación. Su mano golpeó, plana, el grabado viejo, amarillento. Era sólo una copia. Pero nítida y precisa.

—¡Éste es! —jadeó.

El pez.

El pez de los ojos dorados.

De modo que ella tuvo razón. Era allí. Allí lo había visto antes...

Estaba dibujado con trazos de carboncillos de color. Negro, rojo. Y amarillo. Un redondo ojo amarillo. Como de oro...

Eran trazos nerviosos, irritantes casi. Un dibujo extraño, deforme. Un feo y casi repulsivo pez, imaginado por un dibujante frenético...

Marina miró abajo la firma. Con carboncillo rojo. Y debajo, una fecha, una ciudad...

Exclamó algo entre dientes.

—¡Cielos...! —gimió—. No..., no tiene sentido...

Y leyó de nuevo aquel nombre, aquella fecha...

SELWYN KENDALL

Londres, agosto de 1932

—Sí, sí tiene sentido, Marina —dijo una voz ronca, desde la puerta del museo, que chirrió de súbito—. Tiene todo el sentido del mundo...

Ella elevó la cabeza, desorbitó sus ojos horrorizados. Su grito ronco apenas si brotó de sus labios, ante la fantasmal, terrible figura erguida en la puerta. Ante el hombre de largo impermeable, de gafas de espejo, de sombrero arrugado, de chanclos de goma...

Empuñaba un arpón, arrancado de un muro, de la decoración del acuario. Un afilado, punzante arpón, capaz de atravesar a un tiburón. Y, desde luego, más fácilmente aún a una persona, a una mujer joven e indefensa...

—Usted... —gimió Marina Vetri, angustiada—. Usted...

—Sí —dijo el hombre de las gafas de espejo—. Yo, Marina.

—Pero..., pero sus manos... —las señaló, horrorizada—. ¡Las tenía inútiles, vendadas...!

—Nunca estuvieron inútiles. Sólo vendadas —rió cruelmente Zachary Kendall, el escultor inglés—. Otra gran mentira del doctor Franchi y su clínica de embustes... Lo siento, pequeña. Debo matarte. Ahora...

Y alzó su mano enguantada, esgrimiendo el punzante, terrible arpón.

Un solo impacto iba a bastar. Marina moriría sin remedio allí mismo, atravesada por el arma poderosa. De un arponazo, en un mundo de peces y de agua salada...

—¡Marina!

El alarido llegó rotundo, estridente, poderoso, a espaldas del asesino. Marina chilló; en el paroxismo de su terror y su excitación:

—¡Derek, Derek, aquí! ¡Aquí, por Dios! ¡Es Kendall...!

La puerta metálica, a espaldas de Kendall, cedió con formidable impacto. Penetró Derek Lee en el museo marino. Kendall se revolvió. Los ojos aturdidos de Derek se fijaban en su amigo,

dominando el estupor. Aun así, con un rugido, el asesino lanzó su arpón sobre Derek.

Éste lo eludió en la presente ocasión; Chocó con el muro y, sin soltarlo, Kendall intentó de nuevo el ataque. Derek disparó ahora sus puños, sin contemplaciones. Descargó un doble mazazo contra su amigo y compatriota, lanzándole a un lado.

Kendall le pegó con el arpón, pero de plano. Le lanzó atrás, tambaleante, confuso. Cuando intentó rehacerse, el escultor se hallaba ya afuera, corriendo hacia una salida.

Derek no cedió esta vez. Tras una mirada angustiada a Marina, con la que comprobó que ella se encontraba bien, precipitóse detrás del fugitivo. Vio flotar los negros faldones brillantes del plástico de su impermeable. El sombrero había saltado de su cabeza; dejando ver los cabellos ondulados y fuertes de Kendall, de su amigo...

Corrieron por entre las tapas de vidrio de los acuarios, con sus orificios. Kendall tropezó en una de esas tapas, de recio vidrio. Su pie se metió entre ella y el borde. Trató de salir de allí, presuroso, revolviéndose a la vez, arpón en mano, hacia Derek Lee...

Le falló todo. El vidrio cedió. Se hundió su pierna en el hueco. El vidrio, al recibir la presión del cuerpo, se apartó totalmente. Y Zachary Kendall no pudo evitarlo. Con un violento chapoteo, se hundió en la gran vitrina repleta de peces exóticos, dando tumbos en el agua azul, luminosa, rodeado de asustados peces que huían...

Tocó el fondo de rocas sin haber soltado el arpón. Cayó sobre éste. Una expresión convulsa de horror invadió su rostro. Se desorbitaron sus ojos, cayendo de cara contra el gran vidrio asomado al pasillo del acuario. El arpón le atravesó de lado a lado, a la altura del pecho. La punta emergió por la espalda, y la sangre enrojeció con violencia el acuario.

En ese instante, Rocco Vetri aparecía por aquel corredor, a tiempo de ver la horrible muerte de Kendall, su choque, de bruces contra el vidrio, donde quedó gorgoteando, expulsando agua, oxígeno y sangre por su boca convulsa, dentro del azul radiante. Los peces, despavoridos, escapaban de él en todas direcciones, golpeándose en los muros de vidrio...

—¡Marina! ¡Marina, hija mía! —aulló lívido, Vetri. Y corrió hacia su museo particular, en busca de la muchacha, temiendo lo peor...

La encontró rodeada por los brazos de Derek Lee, sollozando ahogadamente, mirando con pavor aún a la tapa alzada del acuario, por donde una justicia superior a la humana se había llevado en mortal zambullida al psicópata de la costa. A Zachary Kendall, escultor y artista inglés. Presunta víctima, durante todo el tiempo, del asesino que había resultado ser él mismo...

EPÍLOGO

—EL mismo... —Cortesse sacudió la cabeza, aturdido—. Cielos, parece imposible. Hay cosas que no entiendo...

—Yo las voy entendiendo ahora —musitó Derek Lee, hojeando el diario de Zachary, recién encontrado entre sus más íntimas y ocultas pertenencias. Alzó los ojos de la lectura, impresionado—. Cielos, comisario, es una historia increíble...

—Increíble, eso diría yo —masculló Rocco Vetri, presente en la reunión, con una sacudida de cabeza—. Si él fue testigo de un crimen, si él fue víctima de un coche manipulado criminalmente, donde pudo haber muerto..., ¿cómo diablos pudo ser testigo, víctima y culpable a la vez?

—Ahí estaba el error de todos. Y su mejor coartada. El no mintió. Fue testigo del asesinato de una muchacha belga, en un bosque, bañándose ella en el río. Y de ahí partió todo...

—¿Testigo? —Marina reveló sorpresa, incertidumbre—. Entonces, el asesino...

—El asesino de la muchacha belga Hildegard Van Druten no era un sádico, ni mucho menos. Era un amante suyo que la había estafado, y al que ella iba a denunciar. Sandro Frida, el *piay boy* de la Riviera. La mató, disfrazado por si alguien le veía, como así sucedió. Y el crimen, sin él saberlo ni imaginarlo, abrió un camino alucinante a un enfermo mental que, hasta entonces, no rompió las barreras del subconsciente, para enfrentarse a sí mismo y a su mente corrompida. Cuando vio la sangre, la víctima, los peces en la toalla... Todo volvió a él. Su padre, Selwyn Kendall, un artista que murió loco, tras asesinar a una muchacha bailarina, en Londres, en 1934... La historia casi se había olvidado. Y él no cayó bajo su influjo hasta aquel crimen estúpido de Sandro Frida... Su primera declaración fue cierta: había visto algo raro y familiar en el asesino. Su cojera. Además, conocía a Frida, porque éste andaba también

tras su mujer. Y, aunque Zachary no quería admitirlo, Virginia había empezado a ser ganada por el amante latino y experto en tales lides...

—Dios mío... Pero ¿quién provocó el accidente?

—¿El de coche? Frida, por supuesto. Virginia no era su víctima, sino Zachary Kendall, ya que éste había jurado matarle por ganarse el amor de su esposa... Salió mal la cosa, porque no esperaba Frida que ella le acompañase, pero Kendall no sufrió sino quemaduras en sus manos, que no le impidieron seguir lo que ya su mente había comenzado, en una carrera demencial, provocada por el impacto de la sangre, la muerte violenta y los peces, en su subconsciente enfermo, de hijo con una herencia paterna de demencia... Así, mató a una turista, una sueca nudista. Esta vez sí fue él. Como mató a Mónica Rossi en el motel. La siguió. Nos siguió. No porque fuese una mujer, simplemente, sino porque Mónica era una de las mujeres que había tenido reciente amistad con Virginia, presentándole al *play boy* Frida... Un irrefrenable odio a todo lo que le hacía perder el amor de su esposa, y luego la vida misma, le lanzó a esa carrera de sangre y muerte. Ya después, todo era una cadena sin fin. Frida mismo, asesinado en venganza... Sus ropas en la *roulotte*... No, no las dejó Kendall allí. Eran del propio Frida. El no hizo sino imitar al granuja en su disfraz... Un golpe maestro, para buscar su gran coartada, que se reforzó con sus manos, falsamente inútiles.

—¿Cómo convenció al doctor Franchi?

—No era difícil. Kendall sabía la clase de médico que era Franchi. Sin escrúpulos, sin honestidad... Conocía la especie de clínica. Y pagó bien, haciendo creer que sus manos estaban inútiles. Ellos se las vendaron, siguieron la farsa... Kendall salía y entraba de la clínica a su antojo. Eleonora Tessi y el doctor eran cómplices... Una enfermera cometió un error funesto para ella: quedarse con algo que el paciente, Zachary Kendall, llevaba consigo, al ingresar en la clínica-burdel de Franchi: el pez de ojos de oro que había arrebatado a Mónica, en el motel, mientras yo descansaba a su lado, vencido por la droga... Se la puso, porque sabía que el doctor Franchi había regalado un pez así a otra mujer, y quería alardear de poseer una pieza igual. Imagino el asombro de Franchi al ver repetida la joya exclusiva, aun sin aparecer en el mercado... Pero eso hizo que Rossana fuese muerta, ya que podía revelarnos a

nosotros a quién quitó el pez. Como Eleonora haría con el boceto original, firmado por el padre de Zachary (detalle que sin duda Virginia conocía, pero que ocultó por respeto a la memoria de Selwyn Kendall, el hombre que murió loco en Londres), cuando la enfermera, enterada del doble juego de su paciente, obtuvo ese dibujo revelador. Del mismo modo, la ira del asesino, al romper la pequeña copia que Frida poseía del pez, regalo sin duda... de la propia Virginia, en su tonta pasión hacia ese *latín lover* de verano.

—Cielos, una historia tan complicada... para un final tan simple... —jadeó Cortesse—. Es como un rompecabezas sin sentido, Lee. Sin ese diario, nunca hubiera entendido nada... ¿Usted sospechó alguna vez de su amigo?

—En principio, no. Luego, con sus manos vendadas, menos aún. Pero cuando vi que todo en la clínica era mentira... vi más claro. Llamé desde su casa a Marina, pero en vez de irme con usted a la oficina, preferí irme al acuario, esperar allí... Si mis sospechas eran ciertas, mientras usted rebuscaba en las cosas de Virginia Kendall sin resultado..., Zachary tomaba disimuladamente el teléfono supletorio, escuchando mi entrevista con Marina. Y conste que, al tender yo esa trampa, no esperaba precisamente que Marina... encontrase la copia del dichoso boceto de Selwyn Kendall entre las cosas del museo personal de su padre...

—Yo guardaba cuanto hallaba sobre peces. Recuerdo haber leído en alguna vieja publicación la historia de un loco que mató a una mujer y dibujó un pez raro..., pero era una vieja historia que había olvidado por completo... Derek Lee, ¿será capaz de perdonarme? Usted salvó la vida de Marina, aunque previamente la arriesgara. Creo que, de todos modos, Kendall hubiera atentado contra ella tarde o temprano, por si había visto ella algo relacionado con ese pez entre las cosas del acuario... Lo que hizo fue salvar su vida definitivamente y devolvemos la tranquilidad a todos en la Riviera. Gracias, muchacho. Nunca olvidaré esta lección. Y yo que le tomé... por el posible psicópata de la costa...

Derek Lee sonrió tristemente. Cerró el diario de Zachary Kendall, tendiéndolo a Cortesse. El policía se lo agradeció con una amistosa sonrisa.

—Lamento que su viaje a Italia haya terminado tan mal. Se queda sin amigos, sin vacaciones... y ha pasado por mil peripecias

—se quejó el policía de San Remo—. ¿Qué pensará usted de nosotros, Lee?

—Que son la gente mejor del mundo, comisario —suspiró Derek—. Aun sin amigos, me quedo aquí un tiempo. Creo que alguien ofreció una recompensa por el fin de ese asesino. Puede que me sirva para permanecer un tiempo con ustedes, disfrutando de la Riviera, atraque sea en un lluvioso setiembre. Kendall era un buen amigo, antes de enloquecer. Lástima que su mujer se enamorase de un tipo como Sandra Frida... y lástima que la casualidad pusiera a Kendall en el camino de éste, cuando asesinó a su amante belga... Ése fue el despertar de la fiera, aunque debemos admitir que algún día, por cualquier otra circunstancia..., la fiera hubiera terminado por despertar, de todos modos, en la pobre mente enferma de mi amigo...

—Derek, ¿aceptará pasar con nosotros ese tiempo de vacaciones? —pidió humildemente Rocco Vetri.

Derek dudó. Luego, se encontró con la sonrisa luminosa de Marina. Y con sus ojos llenos de promesas, de esperanzas...

—Sí —admitió—. Sí, *signare* Vetri. Y gracias...

Luego, extrajo algo del bolsillo. Lo contempló, pensativo. Sus dedos se cerraron sobre la joya de oscuro metal forjado, con ojos de oro.

—Uf... —dijo—. Me pregunto si alguna vez este horrible pez de ojos dorados dejará de significar algo siniestro para nosotros...

Y volvió a guardarse la pieza, casi con aprensión.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

